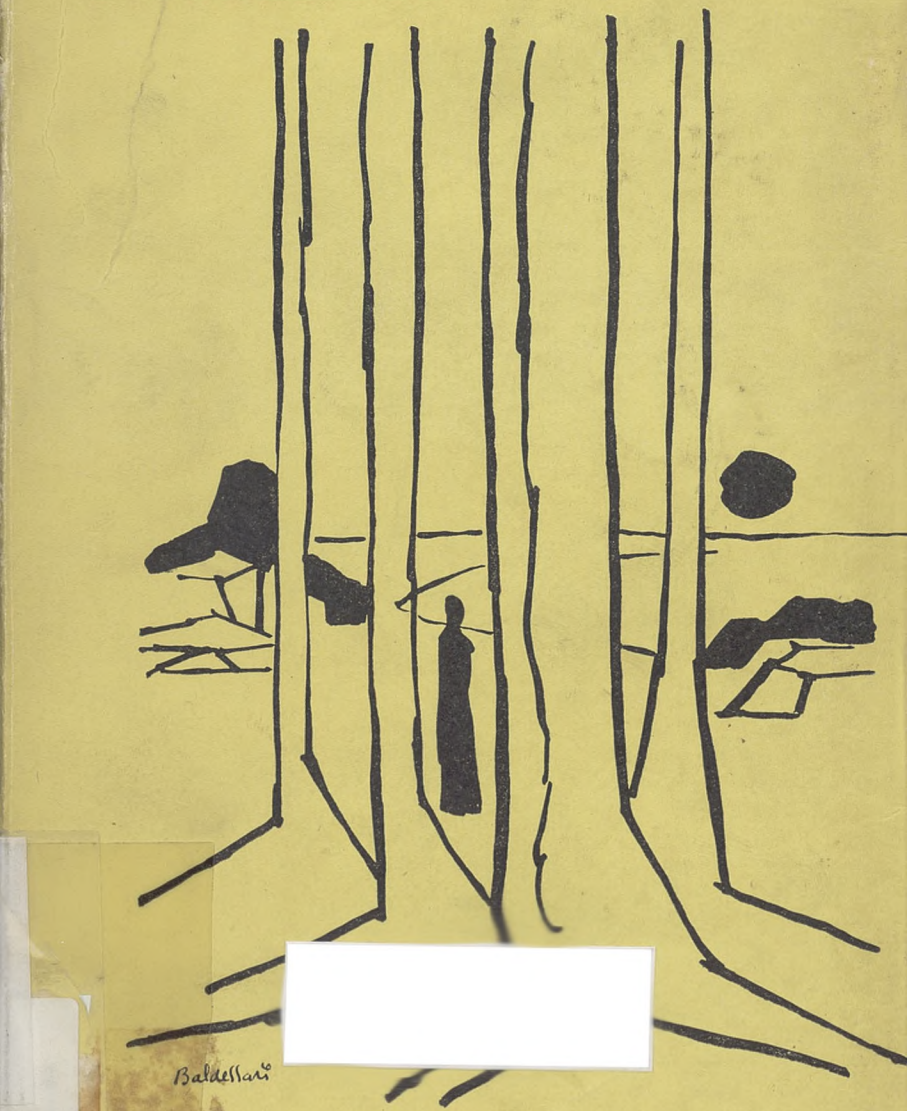
CONCHA ZARDOYA

CORRAL DE VIVOS Y MUERTOS



OSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Estos "poemas para españoles" pueden invocar justamente las voces de Unamuno y de Antonio Machado para repetir esa dolorosa verdad "como una espina / que nadie arrancará, si no es la muerte", verdad de la indignación cívica y del dolor humano, que su misma cotidiana permanencia amenaza con volver costumbre indiferente: "Un palpitar inerme, / un morir, día a día, / en el país del llanto." Contra el asedio del olvido, de la resignación, de la conformidad, Concha Zardoya reivindica para sí el deber de recordar y preguntar: "¡Ah, mi oficio es el llanto cotidiano! / Bellos versos se pudren en la boca, / imprecando por dentro lo que callan / el alma, el corazón y la vergüenza." *Corral de vivos y muertos* es el testimonio de ese deber cumplido, con tanto amor y generosidad que en ningún momento la indignación desciende a rencor ni el dolor a lamento complaciente. Nacida en Valparaíso, Chile, Concha Zardoya vivió en España desde su infancia y en la Universidad de Madrid obtuvo el título de Licenciada en Letras: podría decirse que es española por vocación. Este volumen, que la Editorial Losada se honra en presentar, es su décimo libro de poesía; con uno anterior —*Debajo de la luz*— había obtenido el prestigioso Premio Boscán de 1955. Autora también de cuentos, de una importante biografía crítica de Miguel Hernández, de una valiosa *Historia de la literatura norteamericana*, de un estudio y una antología de la obra de Walt Whitman, Concha Zardoya (que hizo el doctorado en Filosofía en la Universidad de Illinois, en los Estados Unidos) enseña literatura española en ese país desde hace más de tres lustros, en las universidades de Tulane (Louisiana) y de California.

CORRAL DE VIVOS Y MUERTOS

POETAS DE AYER Y DE HOY

CONCHA ZARDOYA

CORRAL DE VIVOS Y MUERTOS

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© EDITORIAL LOSADA, S. A.
Buenos Aires, 1965

Dibujo de la tapa de
SILVIO BALDESSARI

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Con la esperanza de conquistar una dolorosa ciudadanía que algunos me niegan.

CORRAL DE VIVOS Y MUERTOS

pobre corral donde la hoz no siega...

MIGUEL DE UNAMUNO

NO SIEGA YA LA HOZ DE ALEGRÍA

No siega ya la hoz de la alegría
en el surco de sol. La paramera,
en cruz y de rodillas, mira al cielo.
Seca gime, en dolor, la pobre hierba.

Quemó el viento la hoz que fulguraba
en relámpagos rojos y tormentas.
La tierra se apagó. Fue cementerio
de los vivos, corral de su tristeza.

La ciudad, desde lejos, se levanta
con cepos y bastiones que la pena,
día a día, eleva con sus lágrimas,
con negro pan y ¡ay! vergüenza negra.

Sus murallas, no azules, la defienden
de la ira del sol, de su pureza,
de la honda mirada de los muertos...
Sus murallas, piadosas, cubren ciénagas,

el corral, el estiércol, la deshonra,
los pequeños afanes, la pereza
de hombres grises, ex hombres, desnacidos,
oquedades de sombra y de miseria.

Mas los niños, a veces, van jugando
hasta el muro de sangre yerta y piedra:
se asoman a los campos que los miran
con ojos de esperanza vieja y nueva.

Se revuelven los surcos, luz emiten
en un ansia solar. Así destellan
los campos apagados, en recuerdo
de la hoz que rebrilla tras la niebla.

DEBAJO DEL ESTIÉRCOL HAY RAÍCES

DEBAJO DEL ESTIÉRCOL HAY RAÍCES
que brotarán en flor una mañana,
alzadas a la luz que hoy entresueñan
en el ciego hontanar de su desgracia.

Debajo del estiércol hay raíces
que lentamente suben, que trabajan
en un negro horizonte de humedades,
de podridas tristezas, hacia el alba.

Debajo del estiércol hay raíces...
Sus tentáculos reptan y se alargan
entre lodos y piedras, suavemente,
con oscuro dolor, a la esperanza.

Debajo del estiércol, la pureza
de la vida, profunda, llora y cava
galerías y tallos que edifican
hombres puros y flores con su savia.

Debajo del estiércol las raíces
me tienden su gran mano... Sin palabras,
les digo que comprendo cuánto sufren,
amorosas, dolientes, cuánto callan.

Debajo del estiércol las raíces,
hundidas en la sombra, tejen ramas
de adelfas y naranjos para el niño
que entresueñan dormido en sus entrañas.

Debajo del estiércol las raíces
aborben el ayer, la sal del agua.
Despacio, quedamente, dulces, hondas,
construyen con el hoy todo el mañana.

Debajo del estiércol hay raíces
que siento trabajar, que no descansan:
aspiran a la luz esbelta y libre,
¡libre y esbelta luz que sueña España!

ESPAÑA ERA EL PAÍS

ESPAÑA ERA EL PAÍS —¡AY! YO CREÍA—
en que un no era un no definitivo,
tan real como el sí, cuando asentían
el corazón y el alma, convencidos.

El sí de ayer final verdad decía:
"Queremos libre luz en los caminos,
queremos libre pan y libre vida,
queremos libre muerte y libre vino".

El no de ayer es sí que cubre heridas,
es quedo asentimiento o es olvido
de todo lo que fue clara alegría,
de todo lo que fue orgullo en vilo.

El sí de hoy, cobarde, a la deriva,
ecos oye del no tras el vacío.

TRISTE VERDAD

DEBAJO DE LA PIEL ESTÁ ESCONDIDA,
en el centro del alma, en ese vértice
en donde la conciencia se unifica,
secreta, con su culpa, suavemente.

Debajo de los actos, de la risa,
del gesto más pequeño, dulce, leve.
En los menudos goces y alegrías
aquel dolor, sin lágrimas, se siente.

Debajo de los ojos, cada día,
su quemadura lenta, dentro, duele.
Debajo de la frente, de la vida,
del pobre corazón que aún la teme.

Nos duele la verdad como una espina
que nadie arrancará, si no es la muerte.

SEPARADA DEL MUNDO POR UN FOSO

(A Federico de Onís)

SEPARADA DEL MUNDO POR UN FOSO
de tradición caduca, triste España,
de regresivas fuerzas, yertos lodos
que secan la semilla en la besana.

Tu castillo, sin puente, ciego, sordo,
es un bastión de penas. Humillada,
recoges cardos secos en el pozo
que no refleja luz ni tiene agua.

Lejanos aires traen el borroso
recuerdo de otros días, la nostalgia
de un porvenir azul para los ojos
y pan de libertad para las almas.

A tus almenas llega, ay, remoto
el murmullo del mundo con el alba.

LA MÁSCARA

1

QUIERO VER ESA LAVA QUE SE ESCONDE EN EL PECHO,
esos ríos de azufre que habéis vuelto sonrisa.
Quiero ver la ignominia sin disfraz de ternura
ni de agua transparente.

Quiero ver esa cifra de verdad pura y sorda,
las ideas desnudas que vestís con harapos
de mentiras y miedo, con blancos antifaces
de pureza sin fondo.

Quiero ver dónde duerme o dónde sufre lento
el corazón —el pájaro sencillo que antes fuera.
¡Ay si oculta gimiese su minúscula sangre
en su cueva remota!

2

Tocar quiero la espuma de la inocencia ardiente,
aquel delgado hilo de verdor rumoroso.
Tocar quiero los brillos ya salvados del fango
que os sume mortalmente.

Tocar quiero los rayos de aquel sol noble y alto
que incendiaba cantando vuestros días más claros.

Tocar quiero su cuarzo de verdad luminosa
tras la piel de la máscara.

Tocar quiero la luna que soñábais dormidos,
sus ópalos más libres, sus peces nacarados,
sin materia bogando en el mar que era vuestro,
sus dulcísimos límites.

3

Quiero oír las palabras que entrechocan sus sílabas
en la oscura conciencia, informuladas, huecas,
que hacia fuera los labios distorsionan y pierden
su sentido primero.

Quiero oir el murmullo del terror, de la sombra
que se anida en los ojos, en los actos pequeños,
como arañas de muerte que, esperando sus fastos,
ciegamente reposan.

Quiero oír en silencio aquella melodía
que destellaba antes cuando érais sólo niños.
Quiero oír esa música regresada a su origen,
a la nana inocente.

EN LO NEGRO, LA NIEVE

(A José Bergamín)

En lo negro, la nieve nos dibuja
eslabones de lumbre, claras formas
que aspiran a ser vida y hermosura,
aunque las borre el día con su aurora.

En lo negro, los copos reanudan
antiguas hermandades que no nombran,
blancos lazos de amor, blanca dulzura
humana, clandestina, silenciosa.

En lo negro se anillan, no se ocultan
a las hondas miradas que retornan
del país de la muerte. Se consuman
en ellas libertad y luz remotas.

En lo negro, la nieve nos dibuja
esperanzas nacidas en la sombra.

ENTRE VIVOS Y MUERTOS

SOSPECHAN, DESCONFÍAN LOS DE DENTRO.
No fiamos, tampoco, los de fuera.
Nadie cree en el otro y es incierto
que pueda confiar. El aire acecha.

El uno teme el diálogo del viento.
Aquel arrastra, débil, su conciencia.
su triste vegetar, callado cieno.
Disfraza su terror el que gobierna.

Se aborrecen los cómplices: su miedo
es chacal que acometete sin vergüenza.
Se acusan de soslayo o en silencio
los que malandan tierras extranjeras.

¡Entre vivos y muertos, conquistemos
la buena voluntad, la convivencia!

ME HE SENTADO EN LA PIEDRA

ME HE SENTADO EN LA PIEDRA
que calienta a mis muertos.

He sentido que, vivos,
me esperaban despiertos.

Blanco sol de Castilla,
en lo alto, sufriendo.
Negra tierra de España,
en lo hondo, latiendo.

Blancas nubes mirando
tras los ojos del viento.
Tierra blanca, sin hierba.
En el aire, vencejos.

Hacia atrás, la memoria,
por debajo del tiempo.
Río triste, los años.
Triste cauce desierto.

Altas sombras pasando
por el alma, recuerdos,
luces yertas y grises,
llantos, dolores quedos.

Viejas losas, en torno:
honda noche, silencio.
Nombres tristes de España,
fechas, parado tiempo.

He tocado la piedra.
El calor de mi cuerpo
he sentido en la mano:
¡me venía de dentro!

Desde dentro llegaba
la presencia del hueco
que me guarda callado
el calor de mis muertos.

SI DEL DOLOR NACIERA LA ALEGRÍA

(A Rafael Alberti)

SI DEL DOLOR, ESPAÑA, TU ALEGRÍA
naciera entre nosotros silenciosa,
debajo de la sangre, de los ojos,
debajo del vivir y de la sombra
que habita o se consume en los espejos...
Si tu dolor, España, fuera aurora.

Aurora sin cadenas, nueva vida
cantando para todos jubilosa,
nueva flor en los labios, nuevos besos
y nueva libertad y nueva honra.
Si del dolor, España, renacieras
sin abel, sin caín y sin historia.

Si ya todas las fuentes agua clara
de amor nos dieran, puras, sin derrotas.
Si todas las guitarras olvidaran
las viejas elegías. Si las losas
o hierbas de las tumbas comprendieran
que, hermanados, los muertos ya reposan.

Si la vida y la muerte nos unieran
en un abrazo mismo, generosas.
Si las puertas perdieran sus aldabas
y las manos buscaran afanosas
otras manos y frentes para amarse
y así crear la luz sobre las sombras.

¡Si del dolor naciera la alegría,
la ilusión de una España clamorosa,
unánime, feliz y trabajada
por las manos de todos, cada hora!
¡Si de las penas, madre, de tus hijos
salieras consolada y luminosa!

EN LAS SOMBRAS ACECHAN *

(A Emilio Gómez Nadal)

* Los poemas de esta sección fueron escritos entre los años 1939 y 1947, en Madrid. Algunos formaban parte del libro *Dominio del llanto* (Madrid: Adonais, 1947), del cual fueron suprimidos por obvias razones de censura.

EN LAS SOMBRAS ACECHAN

Un palpitar inerme,
un morir, día a día,
en el país del llanto.

Y, perdidos, los goces.
Y las citas, no halladas,
en amargo retiro.

Ni el cuerpo su volumen
conoce con el dedo,
ni el alma su ventura.

Cada mañana, insomne,
y cada noche, en vela,
anhelando no ser.

Y el afán de las naves
—¿desvarío? ¿nostalgia?—
ya marchito, se muere.

Por salir, ¡ay!, del pecho,
el sollozo y la queja
se combaten llorando.

Mas, en vano, las ansias:
¡los malignos espías
en las sombras acechan!

LA REALIDAD NO EXISTE

La realidad no existe
en este hoy de sangre,
ni la vieja palabra.

El cielo no es de hoy.
Y tú y yo vivimos
en mundo intransitado.

Las gentes no nos ven,
porque no tienen esa
voluntad de evadirse.

El diálogo, en el viento.
El cuerpo, a la deriva.
El alma azul, soñando.

¿Lo real? En el fango
del odio sepultado,
inexiste o se muere.

ALMA MÍA, DE VUELO

Alma mía, de vuelo,
cielo arriba, escapando
de las manchas del pan,
de las telas amargas:
del dolor, de las hambres,
del odio que nos cerca.

Es triunfal el encuentro
con lo puro, allá arriba.
Hay alas en mis hombros.
¡Ya son mis ansias pájaros!

Las aves, sí, las aves
me guían por el aire.

Mi alma, como en rapto,
ha llegado a una cumbre.

YO ME MIRO CRECER EN ESTOS MUROS

Yo me miro crecer en estos muros
como sauce sin agua bienhechora,
en derrota viviendo mi destino
de llorar a los muertos y a los huérfanos.

Porque piso la sangre que no veo
y los llantos que arrastran sus caudales
por el pecho de madres y de viudas,
en el triste solar de nuestra España.

Todo llega hasta mí, desde la calle
que puebla amargamente la tristeza
de padres que en las celdas tienen hijos
o ausentes a destierro condenados.

Todo llega hasta mí desde la calle:
desde el húmedo sótano sin lumbre
que algún día las flores alegraron,
desde el taller del polvo y la ignominia.

Todo viene hasta mí y me golpea
el corazón, la sangre y la conciencia.
Me golpea en los ojos que la aurora
desvelados hallara sobre el lecho.

¿Quién ordena este llanto y esta muerte,
la desgracia y el hambre en las ciudades?
¿Quién agranda los blancos cementerios
con las fosas abiertas cada noche?

Yo no puedo cantar, hermanos míos,
evocando el dolor que se levanta
de vuestra vida gris, de la deshonra
que nos alcanza a todos tristemente.

Sólo queda, escondido entre paredes,
el llanto que socava la existencia,
la pasión numerosa, el drama cierto
que habita con espinas mi memoria.

La perdida hermandad, los rotos labios
del que murió callando en la mazmorra,
los mojados pañuelos por el luto...
son cosas que yo lloro como mías.

¡Ay, mi oficio es plañir entre estos muros,
sintiendo en mis espaldas las pisadas
de los hombres que marchan a la muerte
con la aurora y el frío de mi España!

¡Ah, mi oficio es el llanto cotidiano!
Bellos versos se pudren en la boca,
imprecando por dentro lo que callan
el alma, el corazón y la vergüenza.

YO DIJE QUE EL AMOR POBLABA EL MUNDO

YO DIJE QUE EL AMOR POBLABA EL MUNDO,
pero es el llanto quien gobierna todo.
No vuela por el aire ciegamente,
sino que horada el pecho y el costado.

Es una espada lenta que penetra
los cuerpos juveniles y los torsos
maduros, acabados por la vida,
por las crueles faenas y las hambres.

Las ciudades y aldeas, sin dinteles,
se ofrecen resignadas a las penas,
al llanto que domina inacabable
en el pecho y debajo de los ojos.

Angustiosas heridas en las frentes
socavan la memoria de los hombres,
bajo la piel que llora sin consuelo,
bajo las piedras grises profanadas.

Anda el llanto desnudo por el humo,
como una sombra burla al centinela
y aposenta su triunfo entre las ruinas
y en las húmedas cárceles profundas.

Anda el llanto vestido sin colores,
disuelto, sin presencia delatora,
sutilísimo y blanco por las calles,
como un ángel paseando su victoria.

Con el llanto nacemos y morimos,
en el llanto vivimos ahogados,
a la deriva vamos navegando
por los mares de lágrimas, vencidos.

PRENDIMIENTO

LAS DOS, LAS TRES O LAS CUATRO.
Llaman a la puerta, llaman.

Voces negras y fusiles
golpean la puerta blanca.

Los pulsos baten sus olas
y el orgullo los aplaca.

El agua llora en su vaso
y el aire que allí rondaba.

Los cuadros con llanto enturbian
pupilas de fiel mirada.

Sollozan los libros claros,
abiertos en cierta página:

manos, ortigas, les hieren
las hojas, la piel y el alma.

Un verso quiebra su vida,
roto queda en la ventana.

Consuela el labio a la madre.
Busca razones que valgan...

Ciñe aquel rostro los muros.
Llévase el ojo la casa.

Llantos se cuelgan de él.
Llantos le mojan la cara.

Entre fusiles y voces,
pisa la acera callada.

Aúlla un perro en la noche.
Tiembla la estrella del alba.

MATERIA DE DOLOR

Así pasa la vida, acrecentando
materia de dolor...

CARCILOSO, Canción I.

Es EL FUEGO DEL [illegible] EL QUE SE ESTALLA
en sus venas [illegible] su frente.
Es la [illegible]
pugnando por arder y ser luz viva.

Es el duelo mortal, la nueva guerra
del niño contra el niño que ha nacido.

del anciano y el púber, en la sombra,
en ciudades y campos, por España.

¡Ah! Es la muerte, errando y acertando,
hiriendo el puro pecho, la inocencia.
La locura final que se despierta
en las hondas cavernas de las almas.

Y los mares de lágrimas son cieno
del que brota rencor y nueva muerte.
Y las cumbres ansían ser abismos.
Y los vivos ansían verse muertos.

EN LA REJA DE HIERRO SE HA POSADO

(A [illegible] ique, preso)

EN LA REJA DE HIERRO SE HA POSADO
una avecilla. ¿Gris, azul o parda?
¿Color de libertad, color de sueño,
¿De luz recién nacida con el alba?

Su gorgeo feliz, auroralmente,
penetra densas sombras, las traspasa,
despierta el corazón del que dormía,
golpea su amargura y su añoranza.

El hombre se enternece. El ave, dentro
de su pecho, en la sombra, canta y canta.
Su piar inefable, sensitivo,
un remanso de olvido le regala.

¿Es la misma que ayer se detenía
en la rama más alta de la acacia?
¿Es la misma que ayer cruzó recuerdos
nacidos en el fondo de su infancia?

¿O un paisaje soñado, entre paredes,
va creando aquel trino en la ventana?
¿Se calienta la piedra con su dicha?
¿Para el dolor engendra musgo y calma?

¿O su sangre sufriente la avecilla
busca y busca, fluvial, enamorada?
¿Su soledad, su pena, el desengaño,
el misterioso hueco de su alma?

(En aquel ataúd abovedado
difusamente todo sollozaba:
el jergón y los huesos, el espíritu,
el mendrugo de pan, la turbia agua.)

El trino fue la luz, aurora y rayo.
Ama el hombre de nuevo su esperanza.
El ave, compasiva, reverbera
en el aire glacial de la mañana.

La reja sigue allí. El aire, fuera,
entreteje su luz inextenuada.
En ella, el alma libre, raudamente,
a ígnea vida grita, clama y canta.

IGNORADA MUERTE

(A Fernando, que desapareció
del mundo...)

¿EN QUÉ TIERRA MORISTE O EN QUÉ CÉSPED,
en qué playa de vientos o de arena?
¿En qué país de niños o de altos árboles
se ve tu resplandor o tu tristeza?

Secreta sombra antigua nos oculta
el final de tus días y tu muerte.

Como una losa el tiempo ha sepultado
la llama de tu vida para siempre.

¿Qué nos queda de ti? Ay, ¿sólo un nombre,
unos grises papeles, unas cartas
y unos sueños, en ellas, apagados?

Desde el hueco sin fondo de tu noche
nos llega todavía tu mirada,
debajo y más allá de tu retrato.

¿CÓMO PUEDEN LAS HORAS DETENERSE?

¿CÓMO PUEDEN LAS HORAS DETENERSE
y la vida dejarnos confinada
en este mar de llanto que así invade
la tierra silenciosa, las aldeas,
el bosque solitario, el arroyuelo,
que nuestros son, que fueron de mis padres,
que son míos y tuyos —¡son de España!—,
colgando la tristeza de los montes
o el inconsciente olvido de las nubes?
¿Cómo puede, insensible, el tiempo ciego
hincarnos en la espera de la muerte?

Mis hermanos sin nombre pero amados,
las novias, viudas tristes y los pájaros,
hostilmente acechados nos sentimos
por un viento de sangre que fustiga
el corazón, el musgo de las sienes,
la ya extinta esperanza que moraba
en lo hondo del ser en otro tiempo.
Y todos sollozamos abatidos.
Y todos nos morimos recordando...
Recordando miradas de otros ojos,
abiertos y esparcidos como frutas...

Recordando el derrumbe de unos cuerpos
al pie de los cipreses o en el polvo
marchito y despoblado odiosamente.

Recordando los pechos desvalidos
de hombres viejos o ciegos ofrendados
como reses humildes a la tumba,
como teas de sombra a tantos surcos.
Recordando los suaves muchachuelos
que en abono mudaron su alegría
para engendrar maíz o los almendros.
Recordando los niños, sus harapos...

Por eso nos unimos en cadenas
de firmes eslabones que forjaron
las lágrimas comunes y las ansias.
Y por eso vivimos todavía
para llorar la muerte, el infortunio,
la oscura incertidumbre que amenaza
y el amor pisoteado sobre el césped.
Y por eso yacemos confinados,
ocultando el anhelo de los huesos,
el signo de la piel martirizada,
la cifra de una aurora transparente.

¡Vuelen días, semanas y estaciones,
y pase el tiempo a golpes de cuchillo,
abriendo cerraduras, fríos lechos
y umbrales clausurados por el odio!
¡De prisa llegue el día que aguardamos,
el libre amanecer de nuestros sueños!
¡Que renazca libérrima la Vida,
el claro aletear de la alegría
en hogueras de luz indestructible!
Sonreirán los muertos blancamente
en las tierras de España que abonaron.

NANAS ESPAÑOLAS

NANA DEL AGUA

AGUA, NANA, AGUA,
agua, ay, de España.

Duérmase la fuente
en cada montaña.

Duérmase el agua.

Duérmanse los ríos
que van a Granada.

Duérmase el agua.

Duerman los arroyos
en que bebe España.

Duérmase el agua.

Agua, nana, agua,
agua deshonrada.

NANA DEL AGUA NIÑA

APENAS AGUA NIÑA,
Lozoyuela,
entre rocas nacías
de la Sierra.

Apenas manantial,
ay, apenas,
es difícil mirar
lo que llevas.

¿Nieve pura, sencilla?
¿Guijas lentas?
¿O lágrimas pasivas?
¿Dulce pena?

Es difícil mirar
lo que llevas,
Lozoya. ¿Libertad,
Lozoyuela?

NANA DEL VINO

(A Alberto Castilla)

1

HAN SECADO EL MOSTO
de las viejas viñas.

En Jerez fallecen
cepas amarilla.

¡Ay, las vides negras!
¡Ay, la vid perdida!

Llora Valdepeñas.
Duélese Motilla.

2

HAN QUEMADO EL VINO
en lagueras frías.

Cárceles de odio
matan la alegría.

Vides sin racimos.
Hombres en la ruina.

Carcajadas, muecas
de dolor, las viñas.

3

EN LA CUEVA EL VINO
de frío se queja.

Yerto, palidece
sin color, sin fecha.

Las tinajas hondas
sus recuerdos sueñan.

(Hombres que bebían
tanta fortaleza.

Sombras enlutadas
podaban las cepas.)

Las vacías jarras
sólo el aire llena.

Sin eco, los vasos
callan en las mesas.

En la cueva el vino,
agriado, blasfema.

Triste y en silencio,
se bebe su pena.

NANA DE LA ACEITUNA

LOS GAÑANES VAN MURIENDO.
Van muriendo cada luna.

En las ramas y en los cestos,
ay, sollozan aceitunas.

Verdes, negras o doradas,
de amor gimen en la lluvia.

Vara de fresno, sin nadie,
ciega golpea, las frutas.

En el olivar, llorando,
el viento coge aceitunas.

NANA DEL ACEITE

SÓLO AIRE MORADO
en las almazaras.

Alcuzas vacías
gimen de nostalgia.

Y las lunas negras
lloran en las brasas:

sin risa, de luto,
sin voz, apagadas.

NANA DE LA MADERA

CALLADAS, LAS LEZNAS.
El banco, silente.

Aromas lejanos
de pinos ardientes.

Asedios, los quicios.
De sombra, los muebles.

De luto, las sierras,
escoplos dolientes.

El hueco. La nada.
Un reino de muerte.

Sin rumor, el aire.
La madera, ausente.

NANA DEL METAL

Las venas sombrías
de tantas montañas
son lenta agonía
sin alba.

Son tumbas las minas.
El hierro naufraga
en las galerías
calladas.

Pesos, sobreguías,
sin hombres. La jaulas
y las bocaminas,
sin alma.

Vagonetas frías.
Luces que no estallan.
Las sombras dominan
las rampas.

Yerta dinamita.
Huecas, las entrañas.

Ciegas lamparillas,
sin llama.

Barandas heridas.
Los tajos, sin rabia.
No quiebran el día
campanas.

El cobre no grita.
Sin voz, la garganta.
Negras, agonizan
las máquinas.

La sangre que hervía,
boinas que soñaban.
escombran las vías,
ay, trágicas.

NANA DE LA NARANJA

SOLES SEPULTADOS.
Secas, yertas risas.
Sin gozo, el verano.

Las bocas olvidan.
Azahar sin árbol.
Luces fugitivas.

Goznes en los brazos.
Presas, tristes vidas.
Siervas, quedas manos.

Huyen ansias vivas
a un país lejano,
ansias fugitivas.

Niños, ay, clamando,
piden a la brisa
frutos de naranjo.

NANA DEL GERANIO

CORAZÓN ALUCINADO,
ígneo, rabioso, agresivo,
guerrero, rey, como un canto,
sobreviviendo al olvido.

En pobres tiestos reinando,
en las mañanas de frío,
feroz, su rojo sangrando,
en violento desafío.

Grita vida, planetario.
Bebe sol, regala brío
a los ojos, ignorado
fervor, milagroso, vivo.

Flor de pobreza en los áticos,
gala de andenes sencillos,
brocal de pozos, ventanos,
en invierno y en estío.

En el cielo castellano
es rebeldía su grito,
clamor oloroso, dándonos
toda su sangre, ay, en vilo.

NANA DE LOS PECES

(A Joan E. Ciruti)

PESCADOS DE VIDRIO.
De sal, las miradas.

Al sol, a la lluvia,
las redes colgadas.

Yacentes, siniestras,
vacías, las barcas.

Sin tregua, en las rocas,
sin brillo, las aguas.

Huraños, los cielos.
Sin nadie, las playas.

Los peces azules
se ahogan en lágrimas.

NANA DEL GAVILÁN

EN UN BARRANCO DE VIENTOS
la codorniz se perdió,
sin alas, sin un lamento.

El gavilán, como en sueños,
fosforece en el hondón
último, abisal, del cielo.

La codorniz. El silencio.
El gavilán, en el sol,
final pavesa de fuego.

NANA DE LAS ÁGUILAS

LAS ÁGUILAS, SIN NIDO,
en la cumbre, clamando.

Los hombres, en las eras,
ahechan trigo y llanto.

Canes de tristeza,
cuervos asediando.

Y el viento de España
aúlla en el páramo.

NANA DE LA NIEBLA

VELO DE LLANTO, LA BRUMA
hambre, miserias oculta.

Casi lluvia, gris, silente,
cubre penas, cubre muertes.

Triste sudario de España,
guarda muertos, casi blanca.

NANA DEL CHOPO

(A Eleanore Tufts)

APENAS ÁRBOL. SUSPIRO,
temblor de hojuelas.
Apenas árbol. Vestido
de brisa tierna.

El agua, lejos. Espinos,
aulagas, cerca.
El agua, lejos, el río,
la blanca aldea.

Apenas árbol. Nacido
¡ay! entre piedras.
Árbol apenas. Los riscos
duros te engendran.

El agua, lejos. Te miro
desnudo. Tiemblas.
¿De desamor o de frío
es ¡ay! tu queja?

Apenas árbol, crecido
sin madre tierna.
El agua, lejos. Tú, niño,
creces y tiemblas.

NANA DEL LEÑADOR

(A Andrew P. Debicki)

El pino, descabezado,
monte abajo, en el hondón.
La cumbre, sola, llorando.

¿En dónde estás, leñador?

Ramas sin sombra, pisando,
riscos, retamas sin flor,
los nidos deshabitados.

¿En dónde estás, leñador?

NANA DE LAS ALAMEDAS

(A Bernard B. de Surcy)

POR LAS ALAMEDAS,
la sombra de un pájaro
que nunca hemos visto.

Por las alamedas
y por los caminos.

La sombra de un pájaro,
larga, triste, negra.

NANA DEL PICAPEDRERO

PICA PIEDRA EN LA VENTISCA.
Pica piedra bajo el sol.
Pica piedra en la montiña.
Pica piedra y corazón.

Pica sueños y alegrías.
Pica penas y dolor.
Pica pan y pica vida.
Pica el hambre, pica amor.

NANA DEL PASTOR

PASTOR, ¿HACES FUEGO
con piñas y ramas?
¿A qué huele el viento,
arriba, en la taina?

Tristes lobos negros
se acercan al alba.
El mastín su miedo
devora con rabia.

El viento de enero
se queja. Las llamas
queman el silencio,
queman tus miradas.

Pastor, ¿haces fuego?
Ovejas contadas.
Tormenta en el viento.
La llama, apagada.

Pastor, ¿haces fuego?
Ceniza en la taina.
Ceniza en el suelo.
Ceniza de España.

NANA DE LA SOMBRA

SU LEVE SOMBRA
la rosa mira
en una gota
de agua dormida.

Álamos blancos
tienden su sombra
en secas ramas,
ay, sin alondras.

Ay, negros pájaros
vuelan sin sombra.
Noche de España,
resuenas, honda.

NANA DE LA BÚSQUEDA

(A Guillermo de Torre)

OJOS, TE BUSCAN LOS OJOS.
Ojos de España, llorando.
Ojos que ves en tus ojos.
Cierras, en llanto, los párpados.

Manos de España te buscan.
manos que hieren despacio.
Manos pisadas, oscuras,
están buscando tus manos.

Boca, te busca la boca
de un amor desesperado.
Boca de España solloza
entre tus dientes y labios.

Sienes, te buscan las sienes
que la muerte ha desvelado.
Sienes de España en tus sienes:
hondos, sus muertos, callados.

Sangre, te busca la sangre
en que has de hallar tu naufragio.
Sangre de España la sangre
que palpita en tu costado.

Pena, te busca otra pena.
Llanto, te busca otro llanto.
Llanto de España en la piedra
un hondo mar ha cavado.

Noche, te busca una sombra.
Sombra de España, flotando.
Día, te busca una aurora
nueva, pura, en lo más claro.

Sueño de España, despierto,
vive en tu vida, soñando.
Sueño, te busca ese sueño
para dormirse a tu lado.

NANA DE LA RAÍZ

UNA RAÍZ, EN EL FIEMO,
brota a luz. ¡Nace la vida!
Una flor, desde el estiércol,
dará su aroma a la brisa.

Humus, asnillos, silencio.
Dulces ovejas, boñigas.
Casi ilusoria, en el viento,
tiembla azul la florecilla.

En lo hondo, blancos huesos
melodiosos, puros, vibran.
¡Han florecido los muertos
o su esperanza escondida!

Honda raíz, sentimiento,
en el corral, día a día,
trabaja para los pétalos...
¡Luz de España no dormida!

EN REBELIÓN DE SILENCIO

(A Enrique y Aurita)

CONSUMIERON LAS GUERRAS TANTA VIDA

CONSUMIERON LAS GUERRAS TANTA VIDA,
tanta obra del hombre y tanta roca:
las titánicas moles derribaron,
las cubrieron de olvidos y de sombras.

Ay, las torres, sin crestas, no vigilan.
No existen los caminos de la ronda.
Los paramentos rotos escarpados
riscos fingen y fracasadas lomas.

Las plazas de armas yacen derruídas.
Aljibes ciegos por el agua lloran,
aposentos y muros derribados.
Torres esbeltas medran, tristes, solas.

En las peladas tierras reinan ruinas.
Sus trágicas siluetas se recortan
contra el fondo del cielo. Atormentados
perfiles las Castillas, ay, escombran.

Heráldicos leones hoy se hacinan
en los fosos sin puente. Las coronas
feudales sobreviven en guijarros
que lentos se disgregan, sin memoria.

¡Cuánto esfuerzo del hombre y cuánta vida!
¡Cuánta obra genial, cuánta victoria!
¡Cuánto coraje noble, sobrehumano!
¡Cuánto valor subliman las derrotas!

En cada modillón, en cada esquina
torreada y en cada piedra gótica,
en cada contrafuerte, hoy descansan
tanta pasión de ayer y tanta honra.

Debajo de estas tumbas hay semillas
de un nuevo porvenir, de nueva historia.
Al remover sus piedras encontramos
activa rebeldía clamorosa.

Hay que sembrarla hoy en cada orilla
de España y en sus centros, cada aurora,
en pueblos y ciudades, con el llanto:
florecerán castillos en las lomas.

DURA, SOBERBIA, CASTILLA

DURA, SOBERBIA, CASTILLA.
Ruinas de ruinas y cierzos.
Soles violentos que gritan.

Riscos, peñascos sin tiempo,
desalmenados, Castilla.
Ásperos páramos secos.

Las barbacanas, perdidas,
pedruzcos son de silencio,
sillares viejos, Castilla.

Polvo de ayer que está siendo
polvo de hoy, seca arcilla,
polvo de todos tus vientos.

Ojos llorosos ¡ay! pisan
ruinas de ruinas —¿tus sueños?—,
dura, soberbia, Castilla.

UN CEMENTERIO DE PIEDRAS

El doloroso paisaje
absorbe todo el silencio.
Rocas, cerrillos disuelven
los rumores de los vientos.
Largos caminos sin nombre
se van perdiendo en el tiempo.

(Un cementerio de piedras
es la llanura sin término.)

ENSOÑADOS, LOS CASTILLOS

Su grito dan a las ruinas
esos piadosos vencejos,
a la luz, al abandono,
a los tapiales y huecos,
a los fosos sin adarves,
a las torres sin espejos.

(Ensoñados, los castillos
la frontera son del cielo.)

SOLEDADES ASALTAN

Soledades asaltan
tu honda rosa vacía,
hueco trono sin alma,
donde el viento agoniza.

Tu soberbia cabeza
a la tierra se inclina:
monacales grandezas
son borrada ceniza.

Tu gran ojo de sombra
mira, dentro, desdichas
y tus torres redondas,
desmochadas, se miran.

Entre ovejas y hierba
yo te miro, furtiva.
¿Atalayas o sueñas
los ayeres sin días?

¿O sollozas sin lágrimas?
¿Dolorida meditas,
entre soles y escarcha,
por qué sueña Castilla?

(Calatrava la Nueva, Ciudad Real.)

FOSOS Y CAVAS DESVELOS

FOSOS Y CAVAS DESVELOS
lloran de lunas antiguas,
sin aire, cegados, huecos.

Torres, ventanas vacías
sollozan por tanto muerto,
por tanta historia perdida.

"Aunqueospese", en un desierto,
arruinada, la crujía
susurra amor a los vientos.

Y "aunqueospese", ay, se enfría
la soledad, en silencio,
inaccesible, sombría.

(Sotalbo, Ávila.)

TIERRAS ROJIZAS, BARRANCOS

TIERRAS ROJIZAS, BARRANCOS
que el río Dulce ha cavado.

Solo, señero, en lo alto,
un ojo claro, mirando.

Puerta de muros quemados.
Puerta del cielo, girando.

Adusta, recia, sin llanto.
Pasan los aires cantando.

Sola, señera, en lo alto,
me ve la torre llegando.

Tierras rojizas, barrancos,
me ve la Alcarria pisando.

(Pelegrina, Guadalajara.)

CANES DE SOMBRA, FANTASMAS

CANES DE SOMBRA, FANTASMAS,
velan las ruinas dormidas,
velan el pueblo y las almas.

Velan, aúllan y vagan
por garitones, Zorita,
por la poterna sin alba.

Sombras guerreras vigilan.
Sombras de canes traspasan
lienzos de piedra sufrida.

Canes terribles ¡ay! guardan
tu vida pobre y sencilla,
el hambre sin esperanza.

(Zorita de los Canes, Guadalajara.)

SEGÓ EL VIENTO TUS ALMENAS

SEGÓ EL VIENTO TUS ALMENAS,
borró la lluvia tus ángulos.
Puñoenrostro, el sol quemó
tus perfiles delicados.
Informe roca eres hoy,
enorme, altivo peñasco.
Sobre él, mis ojos ven,
en el polvo derribados,
los corazones de España
y el cielo, desalmenado.

(Seseña, Toledo.)

TUS MUROS SE HAN HECHO MONTE

TUS MUROS SE HAN HECHO MONTE,
fresca, apacible ladera

de pastores y rebaños,
Fuentidueña.

¿En dónde empieza tu torre?
¿En dónde el foso comienza?
¿En dónde la barbacana,
Fuentidueña?

Pero tu sombra es remanso,
es amor para la oveja,
para los ojos cansados,
Fuentidueña.

Y alegres nidos de pájaros,
en el hueco de tus piedras,
son dulces, silvestres flores,
Fuentidueña.

Fuente, sí, de vida pura,
de vida libre ladera,
regresado a tu elemento,
ex-castillo, Fuentidueña.

(Fuentidueña de Tajo.)

CASTILLO DE PEÑAFLOR

¡CASTILLO DE PEÑAFLOR,
a flor de peña nacido,
en la roca del alcor,
terrible y alto cuchillo!

¿Gastado ahora tu ardor?
¿Por las penas ya vencido?
¿Tu roca de Cucalón
en el arroyo ha caído?

¿En dónde tu torreón?
¿El contrafuerte, partido,
castillo de Peñaflor?
¿El bastión, desconocido?

¿En esa Huesa, el valor?
¿Has sepultado tu brío
roquero por el hondón?
¿Dejaste de ser castillo?

¡Castillo de Peñaflor!

(Huesa del Común, Teruel.)

EL PAREDÓN VA TREPANDO

El paredón va trepando,
cerro arriba, hacia las nubes
que pasan y pasarán.
El paredón sube y sube.

El arcilloso tapial,
al ir subiendo, descubre
su rebelión, su locura
de ser más alto y más cumbre.

Su bizarría, impotente,
se quiebra... Su rayo escupe
la tormenta... Aquella almena
en el vacío se hunde.

Un aquelarre de sombras
dibujan traidoras luces.
El paredón, cerro abajo,
cae en el río que huye.

(Maluenda, Zaragoza.)

EN LA ALTA CRESTA ENCUMBRADO

En la alta cresta encumbrado,
amparas vetustos techos,
viejos olivos cansados,
las pobres gentes del pueblo.

Y tu cabeza rojiza,
tu gran espaldar maltrecho
y tus bodegones lóbregos
sólo a los canes dan miedo.

Desafían caciquillos
tu gran poder y hasta el viento
que es tu aliado en la batalla.
¡Te vencen sin guerra, ciego!

¿De qué te sirve la almena,
el torreón de tu anhelo,
el ansia de tus adarves,
el ensoñar de tu sueño?

¡A nadie amparas, guerrero!

LA REBELIÓN DE LAS RUINAS

Fronteras de mil castillos
alcen las ruinas del cieno.
Formen escuadras las piedras,
los sillares cien ejércitos.
Alcen rampantes murallas
tantos riscos, tanto cielo
y tantas huecas ojivas,
tanta luz y tanto viento.

¡A rebelarse las ruinas
desde el fondo de los tiempos!
¡El pasado contra el hoy,
en batalla de silencio!

La torre del homenaje,
piedras, hay que alzar de nuevo:
con argamasa y ardor,
con polvo gris y con sueños
—albañiles de esperanza—,
con dolor y con denuedo.
¡No más almenas vencidas
en los castillos roqueros!

¡Que las peñas sean lanzas,
corazones y hondo aliento!
¡El pasado contra el hoy,
en rebelión de silencio!

ALGUIEN CONVOCA LAS RUINAS

ALGUIEN CONVOCA LAS RUINAS,
cara a cara y desde dentro.
Uno a uno cita nombres
altos, rotundos y fieros:
Torija, Atienza y Embid,
Pelegrina, Palazuelos,
Anguix, Cifuentes, Jadraque,
de Salvanés Villarejo,
Calatazañor, Buitrago,
Gormaz, Berlanga de Duero,
San Martín, Uclés, Zorita
de los Canes y, en Toledo,
Oropesa y Escalona,
Manzaneque —¡ay! su viento—,

Orgás del Conde, Novés,
Cuéllar, Pedraza, Turégano,
Coca, en Segovia...

Las ruinas
dejan su polvo en el suelo,
dejan su hastío y paciencia,
dejan su paz y su sueño.
Marchan, compactas, en masa.
Marchan, sin hombres, ardiendo
hacia un futuro de luz,
por los caminos sedientos.
Marchan sin sombra. Adalides
de otros siglos, de otros tiempos,
cabalgan por toda España,
con ellas, en gran silencio.
Ruinas se suman a ruinas...
¡Todas son castillos nuevos!
Contra la muerte, la honra
las convoca, el honor viejo:
Torija, Atienza y Embid,
Pelegrina, Palazuelos...

RETABLO DEL HAMBRE

(A Antonio y Margit Alatorre)

UN ALMUD DE CENTENO

UN ALMUD DE CENTENO LLEVA EL NIÑO,
las serojas pisando, las aliagas,
tirando del ronzal de un borriquillo
que pisa como él la gris carrasca.

De cardos mil carranchos, no de pinos,
los hieren bajo el sol de la besana,
Monte arriba, las flores del tomillo
orean hambre y sed, piadosas, blancas.

En el serón de esparto hay centeno
que pan nunca será para este niño
que tira del ronzal, buscando el pueblo.

Ni áureo pienso de luz para el asnillo
que olisquea, al pasar, flor de romero,
monte abajo, cansado, pensativo.

ESA ARDILLA FELIZ

ESA ARDILLA FELIZ ¿POR QUÉ SONRÍE
si tantos niños hay con hambre triste
que no puede calmar la hierba seca
ni la verde bellota sin corteza?

Un gran árbol protege su sonrisa...
Yo la veo brillar casi maligna,
ardiente, casi fría. Mi conciencia
inútilmente exige una respuesta.

La luz podría, azul, matar el hambre
de todos esos niños... ¡Implacable,
no es pan ni zumo dulce que alimente
la ansiosa boca pura que la bebe!

Salmuera es, cristal, que hiere el labio,
la cara fiel, inmensa, retumbando
por ojos, por oídos, cuerpo adentro,
vacío caracol, silencio viejo.

Esa ardilla feliz aún sonríe...
El hambre y el dolor, bienes terribles,
habitan en los ojos de los niños
que en un árbol la ven hacerles guiños.

EN LA MAÑANA GRIS

TUS OJOS TRISTES, NIÑO, SE ME EXPLICAN
en la mañana gris desamparada,
al ver en ellos sombras de aves lívidas
que llevan hambre negra a tu mirada.

Emergen, suben desde dentro, frías,
buscando ese calor que nunca hallan.
Se asoman hasta mí por ver el día,
desde la noche negra en que naufragan.

Te doy mi pan, la fruta que tú miras
con ojos hondos, negros, que reclaman
lo que tu voz se calla, enmudecida.

las negras aves vuelan, tal vez bajan
al nido de tus hambres... Cierta brilla,
ahora, en tus dos ojos agua clara.

UN CLARO DE LUZ

Un pedazo de pan, entre dos niños,
abre un claro de luz en los andrajos,
un áureo resplandor que no los quema,
rebanada purísima, sin llanto.

El uno lo sostiene, mientras come
con lenta parsimonia, recostado
en un muro de adobes. Sol de tarde
redora su ademán con brillos cárdenos.

El otro lo contempla: sigue el ritmo
de aquella boca, ¡ay!, de aquella mano
que no brinda corteza ni migajas,
en lento caminar hacia los labios.

El pan deshila éxtasis y sueños
y la pequeña luz se va apagando.

BLANCO LINO DEL CAMPO

Blanco lino del campo has recogido
con tus dedos que hoy ya son su rueca,
blanco lino bayal para el vestido
o la saya que cada noche sueñas.

Por tus labios las fibras se hacen hilos
que tus manos sensibles unen, trenzan:
por el huso, danzando con cien giros,
la hilaza prefigura clara tela.

En el suelo sentada, tuerces lino...
Viejo sueño se ahila con la pena,
con el hambre callada, en desvarío.
Deshilas, al hilar, lo que entresueñas.

Unas monedas pobres dará el lino:
una hogaza de pan, en tu miseria.

EN UN DUELO DE SIGLOS

EN UN DUELO DE SIGLOS

ALLÍ EL PALACIO, TORRES CON SU TIARA
que el viento de los siglos no derriba.
Aquí los aguadores con sus cántaras,
la pobre mujeruca que mendiga.

Allí grandeza, glorias que no pasan,
claros nombres, escudos que rebrillan.
Aquí el hambre, el dolor, tampoco pasan,
perdurables, presentes, cada día.

Allí las piedras arden, lentas, cárdenas.
Allí la historia vieja, detenida.
Aquí la carne pobre diarias ansias
va quemando en la luz, lenta y sufrida.

En un duelo de siglos que no acaba,
pobreza y esplendor se desafían.

AL PIE DE UNA MURALLA

El viejo campesino está sentado
al pie de una muralla que redora
el sol del mediodía. Solitario,
a la piedra del muro da su sombra.

Calor busca su pana en el costado
de la roca silente y generosa
que a otros padres y abuelos vio sentados
en su poyo de siglos tantas horas.

Maternal, en el sol, para el anciano
que repasa por dentro sus memorias
en un hoy que es ayer inacabado,
el viejo muro viejo amor redora.

Anacrónicas flechas en lo alto
a la muerte, en su yugo, ¡ay! convocan.

EL SOL DE LA MAÑANA

El sol de la mañana teje un halo
de hermosura y virtud en la cabeza
de las que lavan ropas y amarguras,
de las que frotan lienzos en la piedra.

Las yertas manos sangran —en calvario—
de golpear la cruz en que blanquean
las blusas amarillas más hirsutas,
los paños del trabajo y la tristeza.

Con uñas rotas cantan, cantan, cantan
y tunden con vigor gris estameña
que va creando espuma delicada,
al batir en la roca el agua lenta.

El sol de la mañana teje un halo
de luz para esos dedos y sus penas.

LA VIEJA RED

HERIDA POR EL MAR Y CIEGOS PECES,
la vieja red extiende su pereza
entre el agua y el pórtico del muelle,
entre el sol y la sombra de la piedra.

Unas manos piadosas, lentas, leves,
rehacen mallas rotas, las remiendan
con cuidado de madre, dulcemente:
las heridas antiguas ya se cierran.

Los collares de corcho y algas verdes
se abrazan a la red: la noche esperan.
Y, con ellos, las barcas que aún duermen,
que descansan allí o sólo sueñan.

Va cayendo la tarde. Las mujeres
han plegado la red con manos lentas.

(Muelle de los pescadores. San Sebastián.)

Y LA TERNURA BUSCA DE ESTA CALLE

APENAS PUEDE EL CUERPO DESLIZARSE
entre los viejos muros que se alargan
a salidas de sol, a calles de aire
donde brilla en lo alto la mañana.

Despiertos farolillos sin cristales
en la noche dan ojos, dan mirada
a las sombras que saben consolarse
con los pasos en fuga apresurada.

Las aceras huyeron por la tarde.
Mas alguien hay aquí que no se escapa
y la ternura busca de esta calle,
su calor maternal como esperanza.

En un quicio se duermen frío y hambre,
las penas de una vida abandonada.

(Calle de Puñonrostro, Madrid.)

LOS POBRES LIENZOS

LOS POBRES LIENZOS TIEMBLAN EN EL AIRE
que ha venido a orearlos entre muros
donde un poco de sol apenas arde
invernal, casi gris, con brillos últimos.

Voladizos ventanos, barandales
de hierro desmayados, en tumulto
se asoman al resol y a él se abren
las almas que suspiran en lo oscuro.

Los pobres lienzos tiemblan en la tarde
y entredoran las penas de quien puso
su esperanza al tenderlos en el aire,
con resignado gesto, en lo más puro.

Los pobres lienzos tiemblan ya sin nadie.
Apagará la noche su oro último.

PENITENTES

PASO A PASO, DE LUTO, ENCAPUCHADOS,
con báculo de cruz, los penitentes
al Nazareno siguen, dibujando
una estela morada, luz de muerte.

¿Oscuras llamas fingen, negro rastro,
de un averno siniestro que se enciende
debajo de un rescoldo de pecados?
¿Enmascaran estupros, maldicientes?

¿Negros crímenes, penas arrastrando?
¿Delación y avaricia se arrepienten?
¿Crepitan, locas, álgidas? ¿Su llanto,
debajo de la máscara, retuercen?

Una saeta pura va cruzando
el aire de la noche, ¡ay!, silente.

(Semana Santa, Granada.)

NUNCA DUERME LA CRUZ

ASNILLOS DULCES, CABRAS, OVEJUELAS,
la cruz está mirando y las murallas
que a la ciudad asedian con su guerra
bajo soles de luz petrificada.

Entre columnas, sola, gris, contempla
un día y otro día viejas casas
en antiguo ensoñar, y nunca cesa
la grave soledad de su plegaria.

Los pastores allegan a su piedra
el cansancio, la sed, la fiebre helada,
el zurrón para el hambre, la tristeza
que va con ellos siempre resignada.

Las sombras de la noche la desvelan.
Nunca duerme la cruz ni su mirada.

(Ávila de los Caballeros, Cuatro Postes.)

DENTRO DE UN DESIERTO

UNA SIERRA ALMENADA A TI SE ANILLA...
Ochenta y ocho torres, lienzos pétreos,
son gemas de granito que se miran
vivir —mientras tú vives— en el tiempo.

Siglo a siglo, despiertas o dormidas,
las redondas coronas sus destellos
de oro viejo, de historia siempre viva,
emiten bajo el sol de cada invierno.

Y en el Adaja azul ya sumergidas,
en un doble ensoñar, sin desaliento
las testas medievales se perfilan,
en un espejo doble de agua y cielo.

Tu pureza se quema y desvaría,
amurallada dentro de un desierto.

(Ávila de los Caballeros.)

PARAMERA

Dos bueyes y dos mulas trillan oro
que encubre la pobreza de la tierra,
la parda sequedad del vasto páramo,
la viva sed de viejas sementeras.

La luz nos ciega, fúlgida restalla
sobre el polvo dorado de las eras.
Los hombres y las bestias resplandecen,
solares, en la luz que nunca cesa.

Los trilladores giran en la parva
que en áureo anillo gira y gira lenta.
En rotación, la paja, briznas, astros.
¡Cenital, en su luz, la paramera!

¡Ah, no es pobre Castilla en el verano:
recama el oro nuevo su miseria!

LAS ASPAS ACOMETEN EN LA TARDE

Las aspas acometen en la tarde
un cielo fulminoso, rojo y malva,
oscuras nubes, grávidas, sin aire,
las sombras de un pasado que no pasa.

Descomunales giran, locas arden
en un ayer de luz que no se acaba,
en un ciego presente donde nadie
se atreve a ser quijote de sus ansias.

Rebeldes y agresivas, en la tarde
enorme y desolada de la Mancha.

los sueños desafían, los afanes
que rehuyen, cobardes, la batalla.

Y la noche, callada, da su aire
a las dolientes rosas de las aspas.

(Campo de Criptana.)

ALDEA CASTELLANA

QUEMADAS POR EL SOL ESTÁN LAS CASAS
—piedras, leños, arcilla— de la aldea,
por el celo del sol y de la escarcha.
Las calles —si son calles— son de tierra.

Los niños y animales, las ancianas,
un mismo todo forman, sin fronteras:
el gañán, el arado, pobres bardas,
confunden su vivir con risco y gleba.

El cielo pesa, grávido, en las almas:
el vuelo del espíritu reseca,
y su noble avidez y su esperanza.
Los techos arden rojos, se retuestan.

Hay cardos en los surcos, hay aulagas.
Los sueños duermen, hondos, o se queman.

CONTRASOMBRA

(A José F. Montesinos)

UNA LARGA FIGURA SE AGIGANTA
—señera y vertical— en la llanura.

Su sombra toca el cielo de la Mancha
si al alba salen ojos en su busca.

Con andariego paso, fiel, avanza
por esa transparente luz profunda,
en contrasol de sueños y de hazañas,
sin miedo a vencimientos ni amarguras.

Y es visible la sombra de su lanza,
aún acometiendo en la luz pura
a endriagos fieros, puertas enrejadas,
de la ignominia cepos y torturas.

En contrasombra viva por el alma,
infinita se alarga su andadura.

PASTOR DEL GUADARRAMA

UN SURCO, LA SONRISA DE SU BOCA,
más hondo, más, que aquéllos de su frente,
rebrilla al alto sol que dora peñas,
sin hambre de otro pan ni luz más leve.

Surco abierto en la tierra de su rostro
con arado de vientos inclementes,
con la aguda navaja de los cierzos,
en llanos y cabezos, sierras lueñes.

¿Sonríe a las ovejas que apacienta,
o al amor de mis ojos, o a la nieve?
¿Sonríe a los vilanos que en los aires
de las últimas cimas ¡ay! se pierden?

¿O en su sonrisa graba la inocencia
de su vida sencilla, para siempre?

(Pradera de la Navalusilla. Sierra de Guadarrama.)

CASTILLA DESDE EL AIRE

VOY VOLANDO A TUS CIMAS DESDE EL LLANO
en que mi sombra ayer se oscurecía.
Voy subiendo laderas como un pájaro
que ha encontrado sus alas ¡ay! perdidas.

¿Un hontanar aquí? Allí, ¿los álamos
que presienten los ojos o adivinan
crecer en cada río palpitando?
Las doradas retamas, las encinas...

En torno, la aridez. Callados campos
palidecen de sed. Sin alegría
las parvas se consumen: el verano
va quemando en su hoguera tus gavillas.

Desde el aire te miro... Desolados,
tus pueblos duermen, sueñan, agonizan.

DE UNA MUERTE A OTRA MUERTE

DOS IRAS IMPLACABLES

Dos iras implacables se acometen
en los campos de sol, en las aldeas,
en las urbes antiguas, frente a frente,
en los valles profundos y en las sierras.

Una ira es leal a los que mueren,
han muerto y morirán por esta tierra
arada con sus manos diariamente,
regada con sus hambres y sus penas.

Una ira es leal a la simiente
que aguarda todavía luz esbelta,
al surco del dolor en donde crecen
aulagas de justicia, rojas, ciertas.

La otra ira, letal, sólo defiende
oscuros privilegios, siembra guerras.

HAN CLAVADO EN EL AIRE LAS MIRADAS

El atado de ropas, en el suelo.
Los ojos, altos, fijos en las alas
que van sembrando muerte con su viento
alevoso y cobarde, ruin metralla.

Los ojos de la madre siguen, lentos,
resignados, aquel volar que arrasa
las viviendas humildes con su fuego,
las torres y los muros con sus llamas.

Otras madres, llorosas, están viendo,
asidas a sus niños en la plaza,
los turbiones del humo por el cielo,
el desplome final de las ventanas.

Madres, niños, estoicos, sin aliento,
han clavado en el aire las miradas.

DE UNA A OTRA MUERTE

INERMES CRIATURAS VAN HUYENDO
de una muerte a otra muerte, con el alba.
La guerra terminó. En gran silencio
por los caminos van de las montañas.

Buscando la frontera, van hambrientos
de pan y libertad, Mas, emboscada,
la muerte los acecha en los senderos
con la fiebre y el frío de su escarcha.

En las breñas se quedan: el ensueño
se hiela finalmente en sus pestañas.
Otros cruzan el puente del destierro,
sin mirar hacia atrás. ¡Adiós, España!

De una muerte a otra muerte, todo un pueblo
camina, fatigado, con el alba.

EL MURO, CARCOMIDO

EL MURO, CARCOMIDO, SE LEVANTA
con sus llagas de guerra al azul cielo.
La vieja intimidad ¡cuán desgarrada,
ayer y hoy, mañana! ¡Qué silencio!

Escombros del pasado yerguen sombras
que nadie borrará, aunque el recuerdo
queramos destruir todos los días:
el muro es un testigo, es pensamiento.

Los niños, inocentes, a su vera
con risas blancas juegan a los buenos
y malos, dando gritos ¡ay! sombríos,
y guijarros se lanzan desde dentro.

De un niño malherido suena el llanto...
¡No repita la historia el triste juego!

CEMENTERIO DE VIVOS

Cementerio de vivientes,
cárcel de sueltos, España;
vivientes sueltos, —no vivos
libres— que la suerte arrastran...
UNAMUNO, *Cancionero,* Nº 680.

CEMENTERIO DE VIVOS, LOS ESCOMBROS
del ayer sobre el hoy que el hoy no aparta.
Nuevas ruinas el aire, nuevas sombras
hacina en el vivir que ruin se arrastra.

Cementerio o corral donde se pudren
los días y los sueños, las nostalgias.
Las puertas y ventanas se han cerrado
para el azul del cielo, sin mirada.

Las delaciones rondan... Gris, el miedo
circula entre los vivos, sin palabras.
Hay cepos en los nichos, hay espías....
Un muladar sombrío son las almas.

Los vivos con los muertos se confunden
en el triste corral de las Españas.

BAJO EL SOL DE "SU" PAZ

¿...?

SU JUDAICO PERFIL, SU FRENTE RASA,
los impasibles ojos duros, fríos,
la boca cruel, sumida y apretada,
la gola doble, el cuello desvaído...

Impertinente, el aire de esta cara
—de palidez cetrina y ceño arisco—
que sueña, vanidosa, en su medalla,
en su efigie cesárea y en su himno.

Estrellas de oro, cruces laureadas
al pecho viejo dan caducos brillos,
a su ignominia gloria, noble pátina
a la triste soberbia de su sino.

En todas las conciencias su mirada
es un sangriento ayer, un hoy sombrío.

¿...?

APAGADA PUPILA VA MIRANDO
rojinegras banderas, aspas, flechas,
los viejos combatientes, desfilando
bajo el sol de una paz ¡ay! irredenta.

Más viejo hoy que ayer, está mirando
sin emoción, con vieja indiferencia,
las divisiones lentas, bajo el arco
triunfal, con alma fofa, gris y yerta.

"Su" paz, aquí, se arrastra, va pasando...
Las armas negras, máquinas de guerra,
los hombres arrancados a los campos,
víctores tristes, quedos, sin vehemencia...

Bajo el sol de "su" paz, sin luz, cansado,
España, "grande y libre", desespera...

VALLE DE LOS CAÍDOS

SOBRE PEÑAS AGRESTES Y RETAMA,
esta cruz de dolor sus piedras alza
al cielo hondo, inmenso de la Historia,
en grito y en quejumbre acusadora.

Una a una, con sangre modelada,
con libertad y sueño, cada roca,
con hambre, sed y frío, fue arrancada
al hosco monte azul, en mil auroras.

Y a su pie, en lo remoto, fue cavada
una tumba en su cripta, cueva lóbrega
que espera todavía a su alimaña
con la vieja paciencia de las sombras.

Esta cruz no es de amor... A derribarla
se concitan los muertos en sus fosas.

EL CORAZÓN OS LLAMA

El corazón os llama con su fuego...

C. Z.

VIEJAS SOMBRAS ASEDIAN

VIEJAS SOMBRAS ASEDIAN, RENACIDAS:
más reales parecen al anhelo,
a los ojos del alma, sí, más ciertas
que las calles que piso, que los vientos.

El pasado, en presente, se disfraza
de todo lo que fue: lo viejo es nuevo
—¡aquel sol de Madrid en mi ventana!—,
nueva vida de hoy, sin sufrimiento.

Y lucen y trasvagan, se despiden:
a su nada se van. Con ojos ciegos
el corazón las busca por la niebla
en que flota la vida en su destierro.

No sabe la memoria desvivirse,
olvidando a la vez tanto recuerdo:
cava, ahonda, en sí misma las raíces
clavadas en su ayer, detrás del tiempo.

MIS CÁNTABRAS RAÍCES

MIS CÁNTABRAS RAÍCES, CASI MUERTAS,
en esta seca arena del destierro,

se alargan a la luz que no las sacia
y que más la reseca con su fuego.

No puede el corazón hallar el agua
que salve la ceniza de este cuerpo:
el hondo manantial de la esperanza
ha vaciado su sed en un desierto.

No puede el corazón beber rocío,
ni lágrimas de amor ni claro aliento,
ni la ternura dulce del crepúsculo,
ni el trino del sinsonte por el cielo.

Mis cántabras raíces, fieles, buscan
viejas tierras que ahora son un sueño,
viejos ríos profundos que desnacen
desde el mar, en silencio, España adentro.

AÑORANZA DEL CANTÁBRICO

El color de tu piel ya se me olvida
y la forma del agua que es tu cuerpo,
el rumoroso viento que te anuncia
con su aroma de peces y mariscos.

Las gaviotas, oh mar, las algas fieles
que anclaban los navíos a tu espalda,
los lentos pescadores, las traineras,
me cuesta recordar en esta orilla.

Y no sé si las jarcias de tus puertos
son mástiles de sueño, de esperanza,
o delgadas veletas de la aurora,
o trémolos sonoros de las naves.

Nunca vistas las redes me parecen
en las noches de luna ni en las playas,
secándose los dedos sabiamente,
las mallas laboriosas con arena.

Y el litoral de espuma que señala
tu límite preciso, las roquedas
que oponen su dureza a tu deseo,
sus cabezas eternas a tus brazos.

Viejo mar de mis padres, viejo amigo,
no te encuentro a mi lado ni tan cerca
que pueda sumergirme en tu regazo
para saber de nuevo tu hermosura.

Ni me ofreces tu sal, tus caracolas,
tus quillas o tus remos. Tierra adentro,
no aprendido te creo ni soñado,
pues no alivias al alma sus ardores.

¿Dónde aquellas barquías y pataches
que su vivo color daban al agua,
a la dársena oscura y a los peces?
¿Dónde las luces blancas de tus faros?

En tus pueblas antiguas gente mía
nació para la tierra y esos aires
que traen fresca lluvia al caserío,
nació para la mar y la montaña.

Y los bosques de robles y castaños,
el alto acantilado de Pedreña,
¿se asoman a tu espejo, a tu mirada,
para verse o ser visto por tus ojos?

El verdor de tu piel ya se me olvida
y la forma del agua que es tu cuerpo...

SON TUS VIEJOS RINCONES

(A Luis Monguió, catalán)

SON TUS VIEJOS RINCONES LO QUE GUARDAN
estas miradas mías tras sus penas.
No son ruinas de ayer, no son historia.
Son tus viejos rincones lo que miro.

Se asoman al recuerdo que es mi vida,
se yerguen sobre el mar de mi tristeza,
refluyen en mi ser tal viva sangre
que renuncia al olvido y a la muerte.

¡Esa plaza del Rey! Su fuente veo,
pequeña catedral que vierte el agua
que estoy bebiendo aún. Aquellos árboles
a mis ojos dan sombra todavía.

Una columna allí, Favencia Julia,
sostiene mi nostalgia, la levanta.
Circular escalera, bajo un arco,
estoy pisando aquí, como una ciega.

¿El ayer es un hoy iluminado?
Tu pasado y el mío se confunden...
¿Qué busca mi pasión que aquí no encuentra?
¿Ya vuelvo a revivir antiguas dichas?

¿Acaso soy el musgo que recrece
en cualquier hendidura de tus calles?
¿O mi sombra pasó sin dejar huella?
¿O las manos del tiempo las borraron?

(Barcelona.)

VIEJO DE LA ALBERCA

TE ENCONTRARON MIS OJOS
en la Peña de Francia,
entre rocas adustas
y dorada retama
que subía cantando,
vegetal, casi humana,
hasta el pecho del aire,
sensitiva, con ansia.

En lo alto te dije,
sin voz casi, apagada:
"Yo me sé de tu sangre,
de tu pan, de tu casa.
Como padre te veo,
al mirarte la cara,
padre mío y abuelo,
raíz mía, de España."

¿Eras sordo? ¿Me oías?
¿Desde dentro callabas?
Balbuceos, sin dientes,
decías, no palabras,
un oscuro murmullo...
Sonrió tu mirada,
e, inclinando tu frente,
me cortaste retama.

PERMANENCIA

TE HAS MIRADO LAS MANOS.
¿No me ves hoy en ellas?
Por tus brazos camino,

en sudor, a la tierra
que tú labras de día
y por la noche sueñas.

En las suaves caricias
y en las rudas faenas,
en los largos crepúsculos
que en silencio contemplas,
estoy calladamente,
hermano, y en tu pena.

Tu desvelo navega
en mi sed: alimenta
esa sed de hermosura
que naufraga en mis venas,
en mis versos humildes,
al perderse en la niebla.

De tus nervios recorro
la espesura, soy hiedra
que se arraiga a tu muro
para ver las estrellas
más altas y más claras,
en las noches serenas.

Anulada parece
mi vida, pues me llevas
adherida a tus sueños,
a tu pan, a tus quejas,
a tus dulces amores
y calladas tormentas.

LEJANA CIMA AZUL

LEJANA CIMA AZUL QUE ESTOY MIRANDO
entre nubes y pinos, hondos valles,

retamas viejas, luces de la tarde
y recuerdos antiguos de un verano.

La gran cabeza asoma como un pájaro
de roca viva, pura, inhabitable,
y yergue soledad y yergue sangre
a un cielo pensativo y casi humano.

A sus pies, el gran circo su alma oculta,
extravía sus gritos, desalientos,
duros fríos de inviernos y ventiscas.

Ojo inmenso, final, es la laguna
que no descansa nunca, siempre abierto
a los neveros últimos, arriba.

(Peñalara, Sierra de Guadarrama.)

DESDE UN HOY QUE NO ACABA CON SU MUERTE

Los robles y majuelos me recuerdan
días idos, mañanas fugitivas,
los sueños juveniles que hoy no tengo,
seres que amé —ya muertos—, luz vivida.

Hojas, frutos y troncos son belleza
alzada frente a mí: real, afirma
con su hoy el ayer que duele dentro,
en el fondo del alma, todavía.

El otoño vendrá, se irán las aves.
Otras vidas oscuras por mi lado
cruzarán como sombras, ay, sin verme.

Los robles y majuelos, en la tarde,
me llaman otra vez desde el pasado,
desde un hoy que no acaba con su muerte.

(Camorritos, Sierra de Guadarrama.)

ISLAS

(A Ángel del Río)

ISLAS ROJAS Y PARDAS, ISLAS BLANCAS,
en los mares de trigo y de centeno,
las pequeñas ciudades de mi España
sueñan todas —viviendo— el mismo sueño.

Las olas del vivir ¡ay! sobrenadan
en la callada tierra, beben cielo
y flotan con las nubes claras, altas.
Sobresueña la vida un solo anhelo.

Y mis ojos navegan hacia ellas
por el mar de los años, del recuerdo...
¡Islas mías ancladas en las eras!

¡Torres puras y altivas, pobres techos,
leves ríos, llorosas arboledas,
de mi ensoñar sin paz sois dulce puerto!

Y RECUERDO TU PAN

Me ha nutrido el pan de trastrigo
al fraguarme tras-español...
UNAMUNO, *Cancionero*, Nº 788.

Y RECUERDO TU PAN QUE MAL COMÍA
por el hambre del cuerpo, cuando el alma

otro pan de trastrigo deseaba,
libre y áurea corteza, libre miga.

Aquel pan de dolor aún su harina
de vergüenza se ahecha en la distancia.
Aún redora penas, anonada...
Entre los dientes brilla todavía...

Voy comiendo otro pan... ¡Ay, sobreardida
su blandura mollar por vivas lágrimas,
sobreapagado sol, cansadas aguas!
Es el pan del destierro pan sin dicha.

Y recuerdo tu pan... el de hoy olvida
al pasar por la boca, triste, el alma.

CANCIONERILLO DE LA AUSENCIA

1. No tienen calle mis ojos.
No tiene calle mi vida.

Muros negros, muros rojos
han cerrado la salida.

2. Enebro, solo y seco,
en el desierto páramo
del destierro.

3. El sueño se fue despacio
entre dos riberas de aire.
Nadie sabía, soñando,
si era nuevo o si era el de antes.

4. Sin tregua, la llama.
Sin tregua, el impulso.
Sin tregua, constancia.
Sin tregua, en el mundo.

5. Ni cercas ni ventanas
cerradas para el canto.

Larga luz, largo viento
sobre el cielo y el campo.

6. Los pájaros de oro
mirando la hondura
y el agua del fondo.

Mis manos heridas
lavando en la espuma
las penas caídas...

7. ¡No hay lejos, distancias!
El hondo delirio acerca montañas.

8. ¿Quién tenía el corazón
ya cansado de llorar?
¿Quién cantaba la canción
y secaba el sollozar?

9. Paisaje entre muros
me salva, si sueño.
La luz es mi empeño,
los aires más puros.
Paisaje entre muros...

10. ¡Verdor de lo íntimo!
¿Es mi alma en los chopos
quien cierne los signos?

11. La flor del recuerdo,
la flor del dolor,
tu mano la pone
en mi corazón.

La flor del pasado,
la flor de un amor,
tu mano la quema
en mi corazón.

12. La noche, pasando.
El sueño que sueñas
la luna mirando.

13. Nadie te busca en las plazas.
Nadie te busca en los árboles.
Lejos, tu sombra divaga
sin tierra, ay, y sin aire.

14. ¿CÓMO ME VOY HACIA TI,
si no hay mares, si no hay ríos
que me desclaven de mí?

15. RÍASE LA ROSA
en mis ojos tristes
y véleme el sueño.

Rosa de sueño.

Bróteme la rosa
dentro de la angustia
y deme su orgullo.

Rosa de orgullo.

16. ¿CIUDADES FUGITIVAS, MÁRMOL, CIELO?
¿Ríos sin fondo, llantos, universos?

17. LA HIERBA SE ASOMA, CRECE,
vive en silencio, se ahinca
en el corazón a solas:
en él florece, dormida.

18. ¿QUÉ VENTUROSO TRIGO
o vulnerable estrella
para el soñar propicio?
¿Amargas flores secas?

19. DUERME TÚ, MUSGO, PÁJARO,
corazón, que la noche
sabe ya los caminos
del sueño prolongado.

20. ¡QUÉ CERCA DE DIOS, MONTAÑA,
aiegre de brisa y tarde!

¡En vilo, me voy, sin nada!
¡Soy pájaro, nube, dándome!

21. YO NO DIRÉ PALABRAS
que despierten los sueños
ni despierten las sombras
que duermen en el viento.

22. "LA LUNA ES MÍA"
confiesa el alma.

La luna, en sombra,
la mira y calla.

La noche vela
sus dos nostalgias.

23. ALMA MÍA, ALMA MÍA,
¿qué demencia te ganaba,
mientras el verdor crecía
y las aguas se besaban?

24. LOS RÍOS SE DAN LA MANO
y caminan hacia el mar.

Las almas, en su destierro,
ancladas en soledad.

25. LA MIEL DE LA ALCARRIA HUELE,
mis amigas,
¡la miel blanca de la Alcarria!

¡Dorado olor de nostalgia!

26. EN LA FUENTE, LA ESTRELLA.
Al cogerla, se quiebra
¡ay! su luz en la mano.

Y la fuente vacía.
Todo el viento, callado.
Y la noche, dormida.

27. ¿SENCILLA, MI ESFERA?
¿Su curva es abstracta?
¿Me niego, desierta?
¿Me afirmo, colmada?

28. ¿PÁJAROS CIEGOS, CANTANDO,
cruzan umbrales o el aire?
¿El dintel puro del sueño?
¿El hontanar de la sangre?

29. LOS VIENTOS
siembran las semillas,
consumen los oros.

Los vientos
apagan las iras,
refrescan los ojos.

Los vientos de otoño.

30. DOS CISNES BLANCOS
pliegan sus alas
en quedas aguas
que están soñando.
Dos cisnes blancos...

31. ¿SOY AIRE? ¿SOY RAMA?
¿O un viento, pasando,
desnuda mi alma?

32. ALTAS FRONTERAS DE SOMBRAS
entre el ensueño y la vida.

Cuentas tus muertos, los nombras...
Sumas las tumbas, dormida.

33. MI PATRIA ES UN VIENTO
que no tiene dueño
en el mar abierto.

Mi patria es un sueño
que duerme en mi pecho
con ojos eternos.

34. VIENTO DE ABRIL,
en el Genil,
flor de alhelí,
llora por ti.

(Granada.)

35. ¡AY, CUANDO ME HUNDA EN LA MUERTE
y se vuelva ceniza mi pureza!
¡Cuando todos mis sueños sólo sean
un sueño largo, sueño ¡ay! sin sueño!

36. MI CUERPO, VIEJO. MI ALMA,
más joven, más, cada día:

honda, la vida se alarga
a su nacer, revertida.

37. TRES ÁRBOLES LLORAN
en la quieta plaza.
¡Qué lejos el río,
qué lejos el agua!

Los miran mis ojos.
Yo siento sus ansias.
Los amo. Querría
ser río, ser agua.

(Rascafría)

38. ¡CÓMO SE QUEJA EL VIENTO
cuando muere algún niño,
cuando muere algún sueño!

39. EL GRITO DEL QUE MUERE
es un canto a la Vida

que pierde.
El grito del que muere.

40. EN TODAS LAS GUERRAS
mueren las raíces
de hombres y de sueños,
de árboles y hierbas.
Un toro de fuego,
ceniciento, gime,
con ira blasfema.

En todas las guerras.

41. QUE SE ACABE EL ODIO
reclaman los muertos
en todas las tierras.
Tus muertos, mis muertos,
en todas las tierras,
abajo en las fosas,
borrada frontera.

En todas las tierras.

42. PÁJAROS LENTOS
posan su vuelo
en una boca
triste, llorosa.

43. ¿NO ERA UNA ACACIA?
¿No era una encina?
(Un árbol que toca
con su rama el sueño.)

El cielo brillaba.
¡Oh luz de Castilla!
(Un árbol se asoma
a mi triste espejo.)

Olor de retama.
La vida, sencilla.

(Un árbol sin hojas,
sin ramas, erecto.)

Estrellas muy altas
fulgían arriba.
(Un árbol se ahoga
en un pozo yerto.)

¿Encina o acacia?
¡Qué ausencia tan fría!

44. RAÍCES ANEGADAS
en tierras de amargura.
Las penas son los frutos
que ve llorar la luna.

45. ¿SOY ESA RAMA ALTA, SUSPIRANTE,
a la que llegan pájaros y sueños?
¿Soy aquel alborozo con que juegan
los niños y cometas en el viento?

¿Soy la voz que ha olvidado las mentiras,
mordeduras del odio, largos besos?
¿Soy aquella quietud en la derrota,
en la misericordia del silencio?

¿Soy esta sombra oscura y azulada
que mi camino y pasos va siguiendo?
¿Soy la mano que busca por el aire
extraviadas semillas de hondos versos?

46. HECHA DE MUERTES, LA VIDA.
Hecha de vidas, la muerte.

Y entre la muerte y la vida,
el verso puro se vierte.

47. AMOR TARDÍO:
enebro seco.

¿Amor lozano?
Murió el verano.

48. ¡CUÁNTOS ARROYOS O MARES,
cuántos rodeos y sendas
para llegar a tu alma!

¡Cuán difícil dar alcance
a ese sueño que te sueña,
que inventas y luego callas!

49. PÁJARO, EL VERSO, VOLANDO,
viene de un aire profundo.

Abre sus alas, mis ojos.
Posa su ser en mi mundo.

Llega, sin nada, en el viento.
Llega, temblando, desnudo.

50. ¡QUE NO SE PIERDA NADA,
porque hay algo que espera
en el mundo a mi alma!

¡Que mi amor no se pierda,
ni se pierda mi savia,
ni se apague mi estrella!

¡Que no acabe la espera
venturosa del alba,
de esa brisa primera!

¡Que no se pierda nada!
Ni esta paz que se sueña
dormida, al azar, mi alma.

EN EL AIRE OSCURO

(A don Américo Castro)

AL ESCRIBIR TU NOMBRE

Al escribir tu nombre, España mía,
el corazón enciende sus nostalgias
—¡paisajes y ciudades, cielos, gentes!—,
hoguera de dolor que el llanto apaga.

Cada letra dibuja cien recuerdos
que a nueva vida aquí —¡fugaz!— se alzan,
y en este aire gris cada sonido
por dentro evoca músicas lejanas.

Al escribir tu nombre, luz o rayo
tormentas precipita, tras la calma
de soñarte en la sombra del destierro.

¡Vieja yesca el dolor! Con nuevas llamas
enciende el corazón, en vieja guerra,
al escribir tu nombre por el alma.

NOS HAS PISADO LA CUMBRE

No has pisado la cumbre de este monte
en donde veo yo las dos Castillas,
mansas, quedas llorar, sin afanarse
a rebelión que acabe su agonía.

No has pisado los riscos donde un toro
¡ay! sordamente muge todavía
de soledad o amor en el silencio
que aquí respiro yo y él respira.

No has pisado estos aires ni el enebro
que duramente vive en la pureza
del granito más alto, libre de águilas.

No has pisado la cumbre donde siento
que España es viva luz que aún resuena
si su nombre pronucio enamorada.

(*Siete Picos*)

NUESTRA VERDAD LLORAMOS

Voyme por altos montes paso a paso
llorado mis verdades...

QUEVEDO

NUESTRA VERDAD LLORAMOS, SIN QUE OIGAN
esos aires de España nuestra queja,
ni su luz la entredore como rosa
de luto que ha olvidado al fin su pena.

Nuestra verdad lloramos cada aurora,
por dentro, sin que nadie aquí nos sienta:
nuestras lágrimas corren por la sombra
del alma en soledad, cerrada puerta.

Nuestra verdad por fuera no solloza,
ni inclina tristemente la cabeza
al polvo oscuro, hondo, de la historia.

Hacia dentro lloramos, sin que puedan
los trabajos del día ser corona
de olvido y paz, en tierras extranjeras.

EN EL AIRE OSCURO

ciegos, errados en el aire oscuro...
GARCILASO, *Elegía* I.

LA FRONTERA DEL ALMA NO SE TOCA
en este oscuro aire prisionera,
aire oscuro, sin pájaros de España.
Sus límites, ay, libres, son su reja.

El alma, así, naufraga en estos muros,
se hiere en ellos, lívida: golpean
estos hierros sombríos su ternura,
su piedad y su paz y cuanto sueña.

Ansía ver tu luz, España clara,
para ser de verdad y ser de veras,
unánime sentirse, constelada
de plenitud, profunda, viva, cierta.

Aquí, en el aire oscuro, ronda, vaga,
sobrevive a sus sueños, en la espera
de dormir en tus montes algún día
o, sencilla, morir entre tus hierbas.

UNA MUERTE SIN MUERTE

¿CONTEMPLAS LOS DESTINOS DESDE LEJOS
cual si fueran paisajes insoñados,
una ciudad o niebla desvaída?
¿Reconoces la curva de los años?

¿No sumas para ti todos los días,
las penas, con tus dedos, los trabajos,
desvelo, soledad, ausencia lenta,
dolorosos recuerdos ya quemados?

Desde lejos, España, nos ignoras
al negar nuestras vidas —¡pobre lodo!—,
al sepultar los nombres en silencio.

Sin lápidas ni cruces, a la sombra,
a una muerte sin muerte, cual escombros
arrojas a tus hijos en destierro.

NADIE NOS OYE

que tan sorda oreja
tiene la soledad como el desierto.

GÓNGORA

AUNQUE LA VOZ FULGURA, HONDA, FÉRVIDA,
en el desierto mar de los destierros,
en el ancho arenal de la distancia,
nadie oye su son, nadie sus ecos.

La voz dispara sílabas al aire
de la ausencia y al alto y sordo cielo:
un gran vacío absorbe —¡gran caverna!—
cada palabra viva en su silencio.

La soledad encubre con su noche,
inmensa, tutelar, final, sin viento,
nuestra voz de dolor que nadie oye.

En su propia ceniza, flor de fuego,
arde sola y altiva... Se requema
para oirse a sí misma tras el tiempo.

ES MI ÚNICA PATRIA LA PALABRA

Es mi única patria la palabra.
Esta palabra viva que derramo
azul y roja, gris, o negra y blanca,
ayer y hoy, mañana, tantos años.

Es mi única patria la palabra.
Es el único pan que como a diario.
¡Corteza dura masco, miga blanda,
dorado candeal que besa el labio!

La vierto por los ojos, por la cara.
Del hondo corazón le nace el llanto.
Las sílabas rezuman toda el alma,
el poso de silencios acuñados.

Y flor, sustento, luz, piedad, el agua,
vivo, respiro, bebo, pronunciando
quedos versos y prosa castellana,
"buenos días" al aire tan callado.

EL RÍO

El río es una huída, contemplado
con ojos prisioneros y con pena:
despidiéndose va de tantos álamos,
buscando va la mar, otras riberas.

Está yéndose siempre, abandonando
las rocas que ha lamido y suaves tierras
que ayer acarició las va besando
en un adiós final que nunca cesa.

Y, con el río, el alma va llorando
a su destierro, lejos, sin frontera.
Vivos juncos se adhieren al costado
que sueña libertarse en otras sierras.

El cuerpo, fugitivo, río abajo.
El alma, entre los juncos, prisionera.

LAS BARCAS, SIN VELAMEN

LAS BARCAS, SIN VELAMEN, DERIVANDO
en el amargo mar de los destierros,
imagen son, visible, de los años
que arastran nuestras vidas en silencio.

La brega con el mar, acantilados,
barreras de nostalgias y recuerdos,
orillas que se alejan, solitarios
puertos, faros, se pierden en el tiempo.

A veces, juntas, solas, remontando
corrientes sin destino que van lejos.
A veces, hondas sirtes, desengaños,
brumas grises borradas por el viento.

Las barcas, sin velamen, van llegando
a su ignorada muerte... España, dentro.

NIEBLA O NADA

HAS MIRADO, SIN OJOS, TU PASADO,
el correr hacia atrás de tus ensueños.

¿El nido de tu amor? Deshabitado.
¿El ansia del ayer? Un yerto cielo.

Y has cruzado la niebla de los años
que por vivir te quedan, ciegamente.
Sólo nieblas y sombras has hallado,
sólo nieblas y sombras tras los seres.

(Criaturas vendrán, sin dejar huella,
al quieto corazón ya tan cansado.
No harán su nido en él con hojas secas.
El cuerpo viejo es árbol solitario.)

La vida por vivir es lenta niebla
y es niebla lo vivido. ¿No eres, alma,
otro poco de sombra que no llega
ni siquiera a saber si es niebla o nada?

SOBRERREAL, ESPAÑA TRASVIVIDA

HOMENAJE A DOMENICOS THEOTOCÓPULOS

FIGURAS DEL GRECO

(A Manuel Durán)

I

SOBRERREALES NUBES ALZAN ROCAS
a un trascielo de luz sobrevivida.
En alas de un gran vértigo ascendemos
al soñado granito de las cimas

En goce peligroso el alma ondula
en torno a un centro diáfano, vivísima.
Y repta entre el misterio y entre el vértigo
y el pavoroso hondor de tanta dicha.

En espiral se exhalan, se libertan
flageladas figuras sobreardidas,
ciñéndose a unos dentros que fulguran.

Vesánicas deforman bellos torsos,
se derrumban o vuelan o rebrincan:
con frenesí rebasan lo que eran.

II

ALUCINADOS SUEÑOS TRANSPARENTES
se asoman a los ojos en vigilia.
Humean las cabezas y las manos.
Irresistibles, puros halos vibran.

Se entrefunden, agónicos, los éxtasis
en un pasmo de púrpuras esquivas.
El contacto fugaz de alma con alma
a súbitas luciérnagas da vida.

Novísimos colores enloquecen
en rauda lucidez, solidifican
desarraigos, impulsos que no cesan.

Sin lágrimas, sin paz, sin alegría,
hirientes brillos luchan con la sombra,
en un duelo de luces velocísimas.

TOLEDO VISTO POR EL GRECO

(A Raimundo Lida)

NEGRAS ROCAS LLAGADAS POR RELÁMPAGOS
el cielo negro-azul dispara en chispas,
tremendos, hoscos cuévanos eléctricos
que honduras estelares, ay, erizan.

La luz combate, viva, con la sombra:
al paisaje desciende, no lo humilla,
y las peñas se elevan y traslucen
en un pasmo de nubes encendidas.

Las torres y los puentes también fulgen.
El Tajo excava frondas que se estallan
en verde paroxismo o arrebato.

Las aceñas se ocultan o se encubren
entre jaras que hieren ojos, almas,
negros cielos o pájaros soñando.

CIELO DEL GRECO

(A Andrés Iduarte)

¿No ENGENDRAN RAYOS, NO, SOMBRÍAS NUBES,
un lívido fulgor, airada llama?
¿En los cúmulos altos, más arriba,
final resurrección los aires cantan?

¿Radiantes sesgos, cónicos perfiles
de pavorosas, ásperas montañas
que rompen nieves y alzan fuegos puros
a la esencial blancura alucinada?

Finales luces íntimas se abren
espirituales, vivas, casi humanas,
al mundo de los ojos que las miran.

El cielo, espectralmente, quema tardes
que nadie llorará, pues condenadas
están a larga noche sin salida.

HOMENAJE A DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ

I

JUAN DE CALABAZAS

(El Bobo de Coria)

(A Antonio Rodríguez Moñino)

La luz se comba yerta en las dos sienes
que sueñan candorosas boberías.
Por el vacío espacio, bobamente,
la mirada bisoja va perdida.

Sobre el encaje blanco, sobre el verde
vestido, se dibuja la sonrisa

que, blanca y boba, ríe mansamente
en su nada feliz, inexpresiva.

De Coria vino el bobo o de Valverde,
de una aldea sin nombre, con su risa,
a divertir al rey, a nobles gentes
de gran entendimiento, a la infantina...

En el suelo —¿llorosas?— desfallecen
las bobas calabazas, sus amigas.

II

FRANCISCO LEZCANO

(El Niño de Vallecas)

(A Stephen Gilman)

Delante de una cueva —¿tu inocencia
mental, tu bobería?— que se ha abierto
al Guadarrama en luz, nevada almena,
rehusas ver el aire, ver el cielo.

Y vuelves a nosotros esa pena
de ser un hombre niño, un niño viejo,
enana criatura que se niega
tristemente a crecer, al ir viviendo.

Tus ojillos sonríen, aunque sientas
el rigor hondo y ávido del tiempo,
la gravidez callada de tus piernas,
la culpa de ser niño, ay, sin serlo.

Te has sentado en la roca y bufoneas.
El paisaje, detrás, en gran silencio.

III

LAS MENINAS

(A Antonio Buero Vallejo)

1

LOS MUROS CIEGOS ABREN SUS TINIEBLAS
a la dorada luz que va invadiendo
el fluído contorno de las sedas,
de las manos y rostros, del cabello.

En silencio ha llegado desde fuera
a posarse en la niña —blanco centro
en donde brilla el oro— y, libre, aérea,
enoblece perfiles, terciopelos.

El mastín, los enanos, las doncellas,
tocados por la luz, son verdaderos.
En un espacio están en donde reinan
indefinidos límites abiertos.

Sus resplandores salvan la presencia
de un noble servidor y, en el espejo,
las frentes soberanas nos contemplan
y al que sabe pintarlas en un sueño.

Humana intimidad la luz revela
en un aquí de hoy, de ayer, eterno.
Al exaltar las formas, las serena,
les da quietud de siglos y misterio.

2

¿A QUÉ JUEGA LA INFANTA CON SUS DAMAS?
El cantarillo tiembla en la bandeja...
¿Por qué teme reir la Maribárbola?
¿O prefiere mostrarnos su tristeza?

¿Nicolasito finge que cabalga
un corcel montañés, ligera cierva?
¿Entresueña el mastín, en su nostalgia,
que es de nuevo pastor de las ovejas?

Con sus tocas monjiles, negras, blancas,
¿qué dice al servidor doña Marcela?
¿Cortesanos murmullos? ¿Sólo alaba
la majestad del rey o de la reina?

¿A qué han venido hoy? ¿En esta cámara
graciosamente posan o contemplan
lo que pinta el pintor? ¿Él se retrata?
¿O sólo ve jugar a la inocencia?

Grandes cuadros con sombras se disfrazan.
El gran espejo gris, azul, en vela.
La luz, el aire, el tiempo, ya se escapan,
más allá del palacio, por la puerta.

3

El gran lienzo que pinta, sus espaldas
de olorosa madera aquí nos muestra:
emerge su verdad, sencilla, clara,
el humilde revés que no se sueña.

El bastidor oculta a la mirada
un secreto precioso: no desvela
lo que sin líneas ve —¿el rey? ¿la infanta?—
y su pincel, sensible, colorea.

De la penumbra honda se adelanta
a quien le mira hoy, a quien intenta
entrar en el gran cuadro: con humana
pupila, viva aún, se nos acerca.

Casi en sombra, nos mira. La distancia
entre el ayer y el hoy, veloz, se aleja.
La misma realidad traspasa, mágica,
su luz y nuestra luz, actuales, ciertas.

El destello del blanco por la manga
desliza un resplandor a la paleta.
La roja cruz, apenas insinuada,
en el pecho rubrica su grandeza.

4

INTERCAMBIAN LOS MARCOS SUS ESFERAS
en un juego de luces y de espejos.
Los planos discontinuos se proyectan
en perspectivas múltiples y anhelos.

Ubicuo, el donde borra sus fronteras.
El aquí y el allí, ay, indefensos,
traspasan sin dolor sus cifras áureas,
sus no empañados brillos y destellos.

Los contornos, libérrimos, no fuerzan
ni colores ni formas y, disueltos,
trasvagan los espacios sin que puedan
los sorprendidos ojos detenerlos.

Nadie sabe quién mira, quién intenta
mirar, quién no se atreve aún, en sueños,
a descubrir si mira o sólo sueña.
Las miradas transfiérense sus centros.

¿Cuál es la realidad? ¿O cuál presencia
nos es dado tocar? ¿Cuál es el tiempo
en que el gran cuadro vive o, fiel, se inserta?
¿Cuál presente —o es sombra— es el hoy nuestro?

HOMENAJE A FRANCISCO DE GOYA

(A Eva Lloréns, pintora)

1

DOBLE MUERTE

El engaño acortando de la muerte
y citando de cerca, cara a cara,
embestían tus toros, se ceñían
al gran cuerpo de España, sin la vara.

Telúrica, ancestral, la vieja lidia,
en los ruedos de sol, en hondas plazas:
el hombre contra el totem vida arriesga,
maciza y andariega, electrizada.

Músculos, ay, tendones acometen,
alacres, exultantes, se derraman
sin recelar castigo que los quiebren.

En los tendidos gritan fieras almas,
doble vida exigiendo, doble muerte
—el toro y el torero—, en la estocada.

2

DESASTRES, DISPARATES

El alma, en crisis, ácida, denuesta.
El ojo muerde, insulta mordazmente.
La mano ataca, mófase... Decrépita,
una ignorante España, frente a frente:

la Inquisición, los clérigos, la reina,
las celestinas brujas, petimetres,

el carnívoro buitre de la guerra,
el caballo raptor..., en aguafuerte.

Visionario, febril, atormentado,
su escalpelo, su humor, nos traslucía
fetichismo salaz, supersticioso.

Atrofia, sangre y vicio, desnudando...
Infierno, su razón: allí germina
la lava de un volcán, de un triste sordo.

HOMENAJE A JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA

CARNAVAL

RIADA TENEBROSA POR LAS CALLES
precipita sus lodos engañosos,
las secretas pasiones reveladas
en la sima sin freno de estas horas.

Amenazantes nubes en los quicios
derriban sus colores ya no puros
y manchan las aceras con su sangre
que sube a las ventanas dando gritos.

¡Ay! Terribles mujeres con cencerros
e infernales sartenes en las manos,
con bastones alzados, se desbocan
en antiguo tropel de Furias ígneas.

Una máscara dulce, sensitiva,
de pronto, ingenuamente, se sonríe.
Va vagando sin prisa, leve, clara.
(¿Va buscando el amor? ¿Lo lleva dentro?)

Alegre azul, después. Un nacarado
rosa irrumpe en la verde marejada.

Un viento de blancura enarbola
su nieve, su pureza, entre las turbas.

Blusas negras, detrás, cetrinas faldas,
delantales de sombra, densos, tétricos,
amarillos sombreros, hopalandas,
a la fúnebre danza se convidan.

Procaces rostros matan a los ángeles.
Salaz mirada gris destruye y quema
a un rubio adolescente enmascarado.
Pintados ojos fingen hermosura.

Una cara porcina se adelanta,
roja, aviesa, voraz, en la farándula.
Desde un palo, la Muerte va asustando
a los niños con mueca de dos huesos.

La Destrucción, el Hambre, sepulcrales,
cabalgan en escobas despeinadas.
Beodos antifaces vino sordo
beben y, taciturnos, bailan, bailan.

Su mascarón pasea un viejo sátiro,
sin pámpanos ni tirso, desolado.
Bacantes cascabeles bufonean:
¡los payasos de cal dan grandes saltos!

Celestinas histéricas, siguiéndoles,
croan, graznan, aúllan, corvos picos.
Alguaciles, bigardos, colombinas,
en un todo promiscuo hacen ronda.

Yo miro, desde mí, hacia la calle...
¿Estas desnudas máscaras confiesan
lo que ayer ocultaban a mis ojos?
¿El revés de sus almas ha emergido?

¿Las pasiones secretas, disfrazándose,
trascienden o trasnacen en un guiño?

¿Los dentros surgen, alzan sus verdades,
a la luz de este día, sin engaño?

¿Sueños buenos o malos configuran
su ser en estos blancos antifaces,
en caretas absurdas y grotescas?
¿Los extraños anhelos se transforman?

Un arlequín, en rosa y en azul,
presagia el alba pura de mañana.
¡Alma alegre en la luz! ¡Que no es esconda
en el triste disfraz de cada día!

HOMENAJE A PABLO PICASSO

GUERNICA

LAVADO BLANCO-GRIS, LA PURA NADA.
Poema del horror, gráfica muerte.

Atmósfera del grito y de los llantos.
Lavado gris-azul, color de muerte.

El inocente niño, el indefenso,
sufre luz de martirio, luz de muerte.

Disloca el gran terror toda Guernica.
Clava el toro sus astas en la muerte.

Su pánico la lámpara devora
y electrifica nervios con su muerte.

Los cabellos se alzan a unos cúmulos
en donde el hueco existe de la muerte.

Los radiogramas blancos por el viento
en gran zig-zag proclaman tanta muerte.

Del pavor estridente los latidos
recorren todo el mundo. ¡Aquí, la Muerte!

Agitadas, las almas se deshacen
en final hecatombe ¡ay! de muerte.

La tragedia de un pueblo es la tragedia
del Hombre. ¡Apocalipsis de la Muerte!

VÉLEZ-MÁLAGA

(Al pintor Francisco Hernández)

SOLLOZA, EN EL BALCÓN, EL JAZMINERO
por el amor que pasa o va a morirse,
por la novia sin novio que su espejo
ha velado en la arena del aljibe.

El reloj de la torre crea sueños
en su esfera de luz: la luna finge.
Por los tejados claros deja el viento
un viejo olor de primaveras libres.

En su silla, la abuela siente el tiempo
resbalar y gemir, alegre, triste,
al pasar el rosario por sus dedos.
La noche enreda en él sus dulces límites.

La torre, sin reloj. La luna, lejos.
Vélez sueña, en el lienzo, lo que vive.

SÓLO TU LUZ, ESPAÑA, RELUCIENTE

(A Carlos Falcó, joven de la España actual)

CON NUESTRAS MANOS

Trazó una odiosa mano, España mía
—ancha lira, hacia el mar, entre dos mares—,
zonas de guerra...

ANTONIO MACHADO

I

CON NUESTRAS MANOS TODOS BORRAREMOS
el odioso trazado de la sima
abierta entre nosotros, la frontera
del odio, sus escombros y cenizas.

La música total que nuestros dedos
harán vibrar concordes en tu lira,
mar a mar sonará: mar y ribera
concertarán profunda melodía.

Con nuestras manos —¡una!— reharemos
la patria indivisible, sin abismos,
sin zanjas en que el llanto desosiegue

o pudra su pureza en negro cieno.
¡Unánime en el aire, un gran latido,
un solo corazón, España, siempre!

II

CON NUESTRAS MANOS TODOS SEMBRAREMOS
en el viejo corral azul semilla
de amor y paz, quizá dulce paciencia,
sobre el antiguo estiércol, margaritas.

Sobre las llagas hondas, los almendros
se alzarán a la luz del mediodía
Tras una larga noche de tristeza,
brotará la raíz a nueva vida.

Con nuestras manos —¡una!— todo el suelo
lavaremos de guerra y con tu vino,
con la sal de tus playas, con tu nieve.

La tierra brillará como un espejo:
no habrá sombras en él de viejos signos.
¡Sólo tu luz, España, reluciente!

ÍNDICE

CORRAL DE VIVOS Y MUERTOS

No siega ya la hoz de la alegría 11
Debajo del estiércol hay raíces 12
España era el país 13
Triste verdad 14
Separada del mundo por un foso 14
La máscara 15
En lo negro, la nieve 16
Entre vivos y muertos 17
Me he sentado en la piedra 17
Si del dolor naciera la alegría 19

EN LAS SOMBRAS ACECHAN

En las sombras acechan 23
La realidad no existe 24
Alma mía, de vuelo 24
Yo me miro crecer en estos muros 25
Yo dije que el amor poblaba el mundo 26
Prendimiento 27
Materia de dolor 28
En la reja de hierro se ha posado 29
Ignorada muerte 30
¿Cómo pueden las horas detenerse? 31

NANAS ESPAÑOLAS

Nana del agua 35
Nana del agua niña 35
Nana del vino 36
Nana de la aceituna 37
Nana del aceite 38
Nana de la madera 38
Nana del metal 39
Nana de la naranja 40

Nana del geranio 41
Nana de los peces 42
Nana del gavilán 42
Nana de las águilas 43
Nana de la niebla 43
Nana del chopo 43
Nana del leñador 44
Nana de las alamedas 45
Nana del picapedrero 45
Nana del pastor 45
Nana de la sombra 46
Nana de la búsqueda 47
Nana de la raíz 48

EN REBELIÓN DE SILENCIO

Consumieron las guerras tanta vida 51
Dura, soberbia, Castilla 52
Un cementerio de piedras 53
Ensoñados, los castillos 53
Soledades asaltan 53
Fosos y cavas desvelos 54
Tierras rojizas, barrancos 55
Canes de sombra, fantasmas 55
Segó el viento tus almenas 56
Tus muros se han hecho monte 56
Castillo de Peñaflor 57
El paredón va trepando 58
En la alta cresta encumbrado 59
La rebelión de las ruinas 59
Alguien convoca las ruinas 60

RETABLO DEL HAMBRE

Un almud de centeno 65
Esa ardilla feliz 65
En la mañana gris 66
Un claro de luz 67
Blanco lino del campo 67

EN UN DUELO DE SIGLOS

En un duelo de siglos 71
Al pie de una muralla 71
El sol de la mañana 72
La vieja red 73
Y la ternura busca de esta calle 73
Los pobres lienzos 74

Penitentes 75
Nunca duerme la cruz 75
Dentro de un desierto 76
Paramera 77
Las aspas acometen en la tarde 77
Aldea castellana 78
Contrasombra 78
Pastor del Guadarrama 79
Castilla desde el aire 80

DE UNA MUERTE A OTRA MUERTE

Dos iras implacables 83
Han clavado en el aire las miradas 83
De una muerte a otra muerte 84
El muro, carcomido 85
Cementerio de vivos 85

BAJO EL SOL DE "SU" PAZ

¿...? 89
¿...? 89
Valle de los Caídos 90

EL CORAZÓN OS LLAMA

Viejas sombras asedian 93
Mis cántabras raíces 93
Añoranza del Cantábrico 94
Son tus viejos rincones 96
Viejo de La Alberca 97
Permanencia 97
Lejana cima azul 98
Desde un hoy que no acaba con su muerte 99
Islas 100
Y recuerdo tu pan 100

CANCIONERILLO DE LA AUSENCIA

1, 2, 3, 4, 5, 6 105
7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 106
14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 107
21, 22, 23, 24, 25, 26 108
27, 28, 29, 30, 31, 32, 33 109
34, 35, 36, 37, 38, 39 110
40, 41, 42, 43 111
44, 45, 46, 47 112
48, 49, 50 113

EN EL AIRE OSCURO

Al escribir tu nombre 117
No has pisado la cumbre 117
Nuestra verdad lloramos 118
En el aire oscuro 119
Una muerte sin muerte 119
Nadie nos oye 120
Es mi única patria la palabra 121
El río 121
Las barcas, sin velamen 122
Niebla o nada 122

SOBRERREAL, ESPAÑA TRASVIVIDA

HOMENAJE A DOMENICOS THEOTOCÓPULOS
Figuras del Greco, I y II 127
Toledo visto por el Greco 128
Cielo del Greco 129
HOMENAJE A DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ
Juan de Calabazas 129
Francisco Lezcano 130
Las Meninas 131
HOMENAJE A FRANCISCO DE GOYA
Doble muerte 134
Desastres, disparates 134
HOMENAJE A JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA
Carnaval 135
HOMENAJE A PABLO PICASSO
Guernica 137
Vélez - Málaga 138

SÓLO TU LUZ, ESPAÑA, RELUCIENTE

Con nuestras manos, I 141
Con nuestras manos, II 142

OBRAS DE CONCHA ZARDOYA

Poesía

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid, "Adonais", XXVII, 1946.

Dominio del llanto (Accésit del premio "Adonais", 1947). Madrid, "Adonais", XLI, 1947.

La hermosura sencilla. Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1953.

Los signos (Accésit del premio "Ifach", 1952). Alicante, Colección Ifach, XV, 1954.

El desterrado ensueño. Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Ángel). Madrid, Insula, 1957.

La casa deshabitada. Madrid, Insula, 1959.

Debajo de la luz (premio "Boscán", 1955). Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos, 1959.

Elegías (Lírica Hispana, Caracas, Venezuela, 1961).

Cuentos

(Con el seudónimo "Concha de Salamanca")

Cuentos del antiguo Nilo: Las dos tierras de Hapi. Madrid, M. Aguilar, 1944.

Historias y leyendas españolas. Madrid, M. Aguilar (1942-1946), 6 volúmenes.

Historias y leyendas de Ultramar. Madrid, M. Aguilar (1942-1946), 6 volúmenes.

Biografía, crítica e historia literaria

Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología. New York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Historia de la Literatura Norteamericana (1607-1950). Barcelona, Editorial Labor, 1956.

Poesía española contemporánea: estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1961.

Traducciones y ediciones de clásicos

Walt Whitman: *Cantando a la Primavera* (Traducción y prólogo). Madrid, "Adonais", XV, 1944.

Obras escogidas (Ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía). Madrid, M. Aguilar, 1946; segunda edición, Madrid, M. Aguilar, 1955.

Charles Morgan: *Imágenes en un espejo.* II. Barcelona, José Janés, 1949.

Gil Vicente: *Teatro y Poesía* (Prólogo, notas y vocabulario). Madrid, M. Aguilar, 1946.

Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana* (Prólogo y notas). Madrid, M. Aguilar, 1946.

POETAS DE AYER Y DE HOY

ANÓNIMO: *Los versos del capitán.*
DELMIRA AGUSTINI: *Poesías completas*
RAFAEL ALBERTI: *A la pintura. Poema del color y de la línea.*
RAFAEL ALBERTI: *Pleamar.*
RAFAEL ALRERTI: *Retornos de lo vivo lejano.*
RAFAEL ALRERTI: *Oda marítima.*
RAFAEL ALRERTI: *Baladas y canciones del Paraná.*
RAFAEL ALRERTI: *Sobre los ángeles.*
ANTONIO APARICIO: *Fábula del pez y la estrella.*
ENRIQUE AZCOAGA: *El canto cotidiano.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *La flor.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *El buque.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *El ruiseñor.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *Poemas de carne y hueso.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *Poemas elementales.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *El ángel de la guarda.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *El arca.*
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: *La ciudad sin Laura.*
ÁNGEL BONOMINI: *Argumento del enamorado;* M. E. WALSH: *Baladas con Ángel.*

MANUEL DEL CABRAL: *Compadre Mon.*

MARIO CABRÉ: *Canto sin sosiego.*

ESTHER DE CÁCERES: *Concierto de amor y otros poemas.*

ESTHER DE CÁCERES: *Paso de la noche.*

ARTURO CAPDEVILA: *¿Romances de "Quién vive? ¡La Patria!"*

EMMA DE CARTOSIO: *El arenal perdido.*

JULIO J. CASAL: *Cuaderno de otoño.*

GABRIEL CELAYA: *Poesía urgente.*

OSCAR CERRUTO: *Patria de sal cautiva.*

AQUILES CERTAD: *Territorio del sueño.*

CARMEN CONDE: *En un mundo de fugitivos.*

ANA MARÍA CHOUHY AGIRRE: *Los días perdidos.*

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ: *Nocturno.*

FERNÁNDEZ MORENO: *Penumbra - Libro de Marcela.*

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO: *Veinte años después.*

OLIVERIO GIRONDO: *En la másmédula.*

GONZÁLEZ CARBALHO: *Solo en el tiempo.*

GONZÁLEZ CARBALHO: *El río que no vuelve.*

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA: *Oda a la alegría y otros poemas.*

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA: *Suma y sigue.*

CARLOS GOTTBERG: *Otra vez.*

NICOLÁS GUILLÉN: *La paloma de vuelo popular. Elegías.*

RICARDO GÜIRALDES: *El cencerro de cristal.*

JOSÉ RAMÓN HEREDIA: *Círculo poético.*

JOSÉ ALFREDO HERNÁNDEZ: *Perfecta ausencia.*

MIGUEL HERNÁNDEZ: *Obras completas* (piel).

JULIO HERRERA Y REISSIG: *Poesías completas.*

JOSÉ HIERRO: *Poesías escogidas.*

SARA DE IBÁÑEZ: *Canto.*

JUANA DE IBARBOUROU: *Perdida.*

JUANA DE IBARBOUROU: *Azor.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Antolojía poética.*

MATILDE LADRÓN DE GUEVARA: *Desnuda.*

GONZALO PEDRO LOSADA: *Amor y tiempo.*

JOSÉ RAMÓN MEDINA: *Antología poética.*

GABRIELA MISTRAL: *Tala.*

JOSÉ MORENO VILLA: *La música que llevaba (1913-1947).*

ÁLVARO MUTIS: *Los elementos del desastre.*

PABLO NERUDA: *Obras completas* (piel).

PABLO NERUDA: *Tercera residencia.*

PABLO NERUDA: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (encuadernado, con ilustraciones de Raúl Soldi).

PABLO NERUDA: *Odas elementales.*

PABLO NERUDA: *Nuevas odas elementales.*

PABLO NERUDA: *Estravagario.*

PABLO NERUDA: *Navegaciones y regresos.*

PABLO NERUDA: *Cien sonetos de amor.*

GUILLERMO ORCE REMIS: *El aire que no vuelve.*

OLGA OROZCO: *Desde lejos.*

J. ORTIZ SABALEGUI: *Las dos niñas.*

RAFAEL DE PENAGOS: *Sonetos del buen amor.*

ANTONIO PÉREZ VALIENTE DE MOCTEZUMA: *Sol en la niebla.*

ENRIQUE PLANCHART: *Poesías.*

EMILIO PRADOS: *Río natural.*

JULIA PRILUTZKY FARNY: *Este sabor de lágrimas.*

HORACIO REGA MOLINA: *Raíz y copa.*

ELVIO ROMERO: *Despiertan las fogatas.*

ELVIO ROMERO: *El sol bajo las raíces.*

MANUEL F. RUGELES: *Antología poética.*

MANUEL F. RUGELES: *Cantos de Sur y Norte.*

FLOR SCHAPIRA FRIDMAN: *Memorias de la víspera.*

FRYDA SHULTZ DE MANTOVANI: *Canto ciego.*

ARTURO SERRANO PLAJA: *Galope de la suerte.*

EMILIO SOSA LÓPEZ: *Sentimiento de la criatura.*
EMILIO SOSA LÓPEZ: *Los encantamientos.*
EMILIO SOSA LÓPEZ: *La fábula.*
MARTA TRABA: *Historia natural de la alegrría.*
JOSÉ UMAÑA BERNAL: *Diario de Estoril.*
MIGUEL DE UNAMUO: *Cancionero (Diario Poético).*
RUBÉN VARELA: *Veranos.*
LUIS H. VELÁZQUEZ: *Ámbito del hombre.*
MARÍA DE VILLARINO: *Antología poética.*

Este libro se terminó de imprimir el día 10 de febrero de 1965 en GRAFICOLOR S. R. L., Doblas 850, Buenos Aires

ULTIMOS LIBROS
DE AUTORES AMERICANOS

JORGE W. ÁBALOS
Shunko

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS
Los ojos de los enterrados

RAMÓN J. CÁRCANO
Juan Facundo Quiroga

EMILIO DÍAZ
Relatos antárticos

BEATRIZ GUIDO
Fin de fiesta

RICARDO GÜIRALDES
Cuentos de muerte y de sangre

RICARDO GÜIRALDES
Xaimaca

LEOPOLDO HURTADO
Esta noche concierto

OFELIA MACHADO BONET
Un ángel de bolsillo

EDUARDO MALLEA
La razón humana

JORGE MASCIANGIOLI
El último piso

MARTA MOSQUERA
Manuscrito en el espejo

PABLO NERUDA
Cien sonetos de amor

ELVIO ROMERO
Miguel Hernández, destino y poesía

FRANCISCO ROMERO
Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual

ALBERTO M. SALAS
Crónica florida del mestizaje de las Indias

MARCOS VICTORIA
Un verde paraíso

MARCOS VICTORIA
María Rosa en primavera